

ENERGIA "Z"

por el PROFESOR HASLEY

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


Profesor HASLEY
ENERGIA «Z»
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

printed in spain
DEPOSITO LEGAL V.-1244.-1958.
editorial valenciana.—valencia

ENERGIA «Z»



CAPITULO PRIMERO

El «Sagitario Z» atravesó los espacios durante varios días, sin que ningún nuevo incidente viniese a turbar la alegría de los expedicionarios.

Sólo el rostro de Karima se veía ensombrecido por los dolorosos recuerdos que dejaba a su espalda, donde su padre iba a librar la

batalla de la cual dependía incluso el porvenir de la Tierra.

Richard procuraba consolarla y no cabía la menor duda de que la sinceridad de su amor era un bálsamo qué aliviaba considerablemente la angustia que atenazaba el corazón de la muchacha.

—Fue en los dos últimos días de navegación sideral cuando los pasajeros del «Sagitario Z» comenzaron a tener motivos de seria preocupación.

El profesor Lowe y el doctor Tomlison estaban enfrascados en sacar las conclusiones científicas de la apresurada expedición y apenas si participaban en las incidencias del vuelo de retorno a la Tierra.

Pero Richard y sus amigos tenían sobrados motivos para no poder disfrutar libremente del placer del retomo.

Por centésima vez, Doug maniobró los mandos del radio-radar y esperó unos segundos con el rostro anhelante. Luego levantó sus ojos hacia Richard y Mak que lo observaban e hizo un gesto ambiguo con la cara.

— ¡No hay manera!—exclamó con mal contenida rabia.

— ¿Estás seguro de que funciona bien el radio-radar?

—He revisado los aparatos una docena de veces. Todo está en orden. Incluso se recibe la señal de reflexión, indicadora de que conectamos con la emisora-receptora.

—Probemos en otro sitio—dijo Richard.

—Hemos probado ya en todos los sitios de los que tenemos la clave de transmisión—contestó Doug desesperanzado.

Richard quedó pensativo unos minutos, concentrándose para intentar comprender lo que sucedía.

—Comprendo que no nos contesten de nuestra base de North Platte—dijo al cabo de este tiempo—, porque quedó desintegrada en el momento de nuestra partida, y no es de creer que hayan comenzado ya su reconstrucción, pero ¿por qué no contestan de la Comisión Mundial del Espacio?

—Tampoco han contestado de la sede del Gobierno Mundial, ni de los distintos Gobiernos Territoriales con los que hemos pretendido ponernos en contacto—intervino Mak.

— ¿A qué puede obedecer eso?—preguntó Karima.

—Estoy desorientado por completo—respondió Richard—. Parece como si todos hubiesen muerto.

Un escalofrío de angustia recorrió la columna vertebral de los interlocutores de Richard.

Quizá eran exageradas sus palabras, pero difícilmente podía

encontrarse una explicación a lo que sucedía, a no ser que se pensase en una verdadera catástrofe.

Docenas y docenas de veces habían intentado entablar contacto con la Tierra y el más rotundo fracaso había coronado sus esfuerzos.

Richard se sentó junto a los dos científicos y les interrumpió el animado coloquio que sostenían.

—Perdone que le interrumpa, profesor—dijo excusándose.

— ¿Qué le sucede, Richard?—preguntó el profesor dirigiendo una oblicua mirada a nuestro amigo.

— ¿Puede producirse algún fenómeno físico en nuestra atmósfera, que intercepte las ondas de radio-radar?

— ¿Un fenómeno?—preguntó extrañado el profesor—. ¿Quiere decir algo a voluntad de los hombres, o más bien un fenómeno de la Naturaleza?

—En cualquier caso—respondió Richard.

El profesor meditó unos segundos y luego tomó la palabra.

—Si se trata de condiciones especiales provocadas por el hombre, sería posible interferir parcialmente la recepción o emisión de ondas radio-radáricas.

— ¿En toda la Tierra?

—No. Me refiero solamente a una emisora-receptora. Para que fuese en toda la Tierra tendría que hacerse la interferencia en toda la atmósfera.

—Luego puede hacerse, ¿no es cierto?

El profesor denegó con la cabeza.

—No conozco a nadie capaz de provocar un fenómeno de semejante magnitud. ¡Ni siquiera la Naturaleza puede hacerlo!

Richard asintió con un movimiento de cabeza.

— ¿Pero a qué vienen esas preguntas?—inquirió Tomlison, a quien no se escapaba el tono preocupado que empleaba Richard.

—Es algo que no conseguimos comprender —contestó Richard —. Estamos intentando comunicar con la Tierra y no lo conseguimos.

— ¿Con ninguna estación?—preguntó Lowe.

—Con ninguna—respondió Richard.

La contestación dejó algo confundidos a los dos hombres de ciencia.

—Forzosamente debe haber una avería en los aparatos—dijo el profesor.

—Nada de eso—contestó Mak, el cual se había acercado al grupo—. Los hemos revisado una docena de veces.

El rostro de los expedicionarios adquirió un tinte sombrío.

La situación de cuantos ocupaban el «Sagitario Z» no podía ser más angustiosa. Atrás habían dejado un planeta encendido en una cruel guerra civil y ante ellos estaba la Tierra sumida en un amenazador silencio.

¿Qué podía haber sucedido en la Tierra desde el momento en que la abandonaran los expedicionarios? ¿Qué nuevos peligros aguardaban a los audaces viajeros del espacio?

Los dramáticos interrogantes se cernían sobre las cabezas de aquellos seres, prolongando la angustia que habían dejado atrás, al abandonar Venus.

— ¿Funciona bien nuestra astronave?—preguntó el profesor.

—Respecto a eso no tenemos la menor queja —respondió Richard.

—Entonces no tardaremos en enteramos de qué es lo que sucede—aseguró Tomlison.

Realmente no tenían otro remedio que esperar. Cuando aterrizasen sobre la superficie del planeta hallarían las causas de aquel silencio impresionante que tan malos presagios auguraba.

Richard no quiso insistir sobre aquel asunto, convencido de que nada había de conseguir alarmando inútilmente a sus compañeros.

Los ojos de Karima se posaron en los de Richard durante unos segundos y éste sonrió para infundirle valor.

—Quizá se trate de una avería de nuestros aparatos que ahora no somos capaces de interpretar—le dijo.

— ¿Continuamos intentándolo? — preguntó Doug.

—Sí—respondió Richard—. Tal vez nos encontramos en una zona de perturbaciones magnéticas y es ello lo que dificulta la transmisión.

Mak torció el gesto, poniendo en duda que aquello obedeciese a semejante causa, pero una seña de Richard le obligó a guardar silencio.

Dos días se prolongó el viaje y fueron inútiles las muchas tentativas que se hicieron durante los mismos para llegar a comunicar con la Tierra.

Al cabo de este tiempo, destacando sobre la negrura del cielo, vieron aparecer un punto brillante cuya luz parecía ser la de un faro que les anunciara el puerto de salvación.

El primero en dar la voz de alerta fue Doug, el cual manejaba en aquel momento el aparato de radio-radar.

— ¡Tenemos la Tierra a la vista, muchachos! —dijo con voz emocionada.

Todos se reunieron alrededor de la pantalla y miraron aquel punto brillante que parecía moverse hacia el centro de la misma.

Richard puso en marcha el radio-telescopio y no tardó en perfilarse sobre la pantalla telescópica la silueta de nuestro planeta.

Lo que en la pantalla del radio-radar no era más que un punto brillante, aquí se convertía en una masa azulada de incomparable belleza.

—Pronto se despejarán nuestras dudas—murmuró Tomlison.

—Disminuye la velocidad en cuanto entremos en la atmósfera, Mak—ordenó Richard.

— ¿Intento comunicar de nuevo, Richard? —preguntó Doug.

—Espera a que entremos en nuestra atmósfera. Entonces podrás utilizar las capas de reflexión y te será posible entablar contacto con lugares que estén fuera del hemisferio nuestro. Quizá entonces consigamos algo.

Las cosas se realizaron tal como las ordenara Richard y no tardaron en atravesar las primeras capas de la atmósfera terrestre.

—Ahora—ordenó a Doug.

El jefe de máquinas puso nuevamente en marcha el aparato de radio-radar y lanzó una llamada general.

—Expedición a Venus llama a la Tierra. Expedición a Venus llama a la Tierra. Rogamos que conteste cualquiera de las emisoras que capte este mensaje. Espero.

Pasaron unos segundos y nadie contestó a la llamada.

—Insiste—ordenó Richard.

—Aquí expedición a Venus llamando a la Tierra. ¿Qué sucede? Rogamos que conteste quien capte este mensaje.

—Tú, Mak, haz un llamamiento por radio. Quizá nos sea más fácil establecer comunicación por medio de las ondas hertzianas que por las de radar.

Mak puso en marcha la emisora simple de radio y comenzó a transmitir el mismo mensaje que lanzaba al espacio Doug por medio del radio-radar.

Durante más de una hora siguió la infatigable transmisión sin que recibieran contestación alguna.

—No lo comprendo murmuró Richard.

— ¿Pero qué extraña catástrofe puede haber sobrevenido para que nadie conteste a nuestro mensaje?—se preguntó el profesor Lowe.

— ¿Será posible que el ataque a North Platte, acaecido en el momento de nuestro despegue[1] haya terminado con la existencia de la vida en nuestro planeta?—preguntó Tomlison.

— ¡Eso es imposible!—respondió Karima.

— ¿Por qué razón?

—El ataque se hizo con tres aparatos integradores de deuterio, cuya potencia apenas si alcanzaba a la base de North Platte.

—Entonces puede haber sido el aparato que destruimos al salir de Venus[2]

—Tampoco aquél tiene potencia suficiente —repuso Karima—. Es capaz de provocar la integración de los átomos de deuterio de una zona del mar, pero su potencial sólo podía mantenerse durante unos segundos.

— ¿No cabe una reacción en cadena?—preguntó Tomlison.

—Puede estar seguro de que no—intervino Lowe—Si esa integración se realizara dentro de un depósito cerrado, no le diría que no, pero produciéndose al aire libre es imposible. Hay una difusión del calor que absorbe parte de la energía necesaria para conseguir lanzar los átomos de deuterio unos contra otros.

—Realmente desconozco el problema—admitió Tomlison.

Ya iba el profesor a lanzarse a una minuciosa explicación, cuando la voz de Mak impuso silencio.

— ¡Parece que he captado una radio-emisora! —casi gritó.

—Aumenta el volumen cuanto puedas—ordenó

Richard.

Mak hizo como se le ordenaba y todos se agruparon alrededor del altavoz.

—«Sagitario Z» llama a la Tierra. «Sagitario Z» llama a la Tierra, ¡Contesten, por lo que más quieran!

Después de aquellas palabras se hizo un silencio impresionante.

Se oyeron unos confusos rumores que fueron imposibles de descifrar. Luego llegaron hasta sus oídos algunas palabras.

—...X-Z-2... sora particular... oigo llamada...

De nuevo se hizo el silencio y todos se miraron esperanzados.

—Empleen cualquier frecuencia de onda—dijo Mak—. Nuestra emisora-receptora es de tipo universal.

—Les oigo pero es di... comunicar... poca potencia.

— ¿Qué sucede en la Tierra?—preguntó Mak con angustiada voz—. Emplee las menos palabras posibles.

—No existe la Ley... impotentes... fin del mundo... violencia...

La voz dejó de oírse y Mak hizo desesperados esfuerzos por volver a conectar, pero todo fue inútil.

—No cabe duda de que algo muy grave ha sucedido—dijo Richard—. Debemos prepararnos para lo peor.

—Parece ser que nuestro comunicante ha querido darnos a

entender que se aproxima el fin del mundo—dijo Tomlison.

Nadie subrayó el comentario, pero todos estaban convencidos que era aquello, en efecto, lo que había querido decir el desconocido comunicante.

—Es asombroso que haya captado nuestro mensaje una emisora particular y que no lo haya hecho ninguna de las poderosas emisoras oficiales—dijo Doug.

— ¿Qué habrá querido decir ese hombre con eso de que no existe la Ley?—preguntó el profesor.

Richard se había separado unos pasos y miraba a través de las paredes transparentes de la cabina. El sol de la tarde caía oblicuamente sobre la Tierra y la envolvía en un hálito dorado y apacible, que de ningún modo hacía presagiar la terrible situación por la cual pasaba, al parecer, ésta.

—Pronto se despejarán nuestras dudas—dijo al cabo de unos minutos—. ¿Qué posición tenemos, Mak?

—Nos encontramos sobre el continente americano— respondió el piloto.

—Puedes iniciar el aterrizaje.

— ¿En qué lugar?

—Hazlo en las proximidades de Nueva York. Así podremos ponernos en contacto con la Comisión Mundial del Espacio.

—Antes de veinte minutos habremos alcanzado nuestro objetivo —respondió Mak, al tiempo que comenzaba a maniobrar con los mandos para tomar la dirección indicada.

Aquella pequeña parte de un viaje que ya duraba ocho días fue la más angustiosa.

Los viajeros habían conseguido escapar de Venus cuando no podía ser más crítica la situación y ahora encontraban, en vez de la paz y el descanso a las vicisitudes pasadas, un mundo misterioso que les recibía con los peores augurios.

¿Sería posible que aún no hubiesen terminado sus penalidades? ¿Qué nuevas formas del dolor se les presentarían sobre la superficie de aquel planeta en el que creían iban a encontrar la paz y el sosiego del que estaban tan necesitados?

Aquellos veinte minutos que quedaban hasta posarse en la Tierra transcurrieron con enorme lentitud y nadie osó tomar la palabra, sumiéndose cada uno en sus propios y sombríos pensamientos.

Richard dirigió su mirada hacia Karima y la encontró con el rostro pensativo y un gesto de profundo abatimiento.

La situación era más dramática para ella que para nadie.

En Venus había dejado a su padre, el noble Karm, en lucha contra las huestes de Gowka, cuya superioridad era manifiesta.

La esperanza de poder preparar a la Tierra contra una futura invasión, caso de que Gowka consiguiera derrotar a las fuerzas de Karm, le había dado el valor suficiente para apartarse de su progenitor en un momento tan decisivo, pero ahora...

Richard llegó junto a la hermosísima mujer y le rodeó los hombros con su brazo.

—Ten ánimo, querida—le susurró al oído—. Ya verás como todo se resuelve a entera satisfacción.

— ¿Qué crees que puede suceder en la Tierra, Richard?

—No tengo ni la más remota idea, te lo aseguro. El mensaje que hemos recibido era demasiado confuso, como tú mismo has podido comprobar.

— ¡Me siento tan sola en estos momentos!

—No digas eso, Karima. No estás sola. Yo estoy a tu lado y jamás te abandonaré.

Karima agradeció con una mirada de infinita ternura las palabras de Richard y se apretó dulcemente contra su pecho.

—No podría soportar que me abandonases —susurró suavemente.

—Las cosas volverán a su cauce normal y de nuevo nos sonreirá la vida. Estoy seguro de que será así.

Durante unos minutos permanecieron enlazados y Karima pudo vencer la crisis de desesperación que le atenazaba el alma.

—Tu presencia me infunde valor y confianza. Richard. Creo que comienzo a encontrarme más animosa

—Nos encontramos volando sobre la zona de Nueva York—comunicó Mak.

—Me hubiera sido imposible soportar la situación durante mucho más tiempo—dijo Tomlison, al tiempo que se pasaba la mano por sus cabellos rojizos en un gesto que le era tan característico.

—No tardaremos en desentrañar el misterio de este silencio—dijo el profesor.

Pero un nuevo detalle había de venir a sumarse a la desconcertante situación.

Una tremenda explosión se produjo a pocos metros del «Sagitario Z» y el aparato se estremeció, derribando por el suelo de la cabina a casi todos sus ocupantes.

CAPITULO II

A la primera explosión siguieron otras varias y el aparato fue zarandeado como una pluma que fuese juguete del viento.

— ¿Qué demonios sucede ahora?—exclamó el doctor Tomlison.

— ¡Nos están bombardeando!—exclamó Mak.

— ¡Gana altura y desvíate hacia el Norte! —ordenó Richard, al tiempo que se inclinaba sobre Karima para ayudarle a levantarse.

El profesor había quedado sentado en el suelo y miraba a sus amigos con ojos llenos de asombro.

— ¿Es que se han vuelto locos todos los habitantes de la Tierra?—dijo.

Mak había obedecido automáticamente la orden de Richard y el «Sagitario Z» ganaba altura, al tiempo que se desviaba en la dirección señalada.

El fuego que se hacía desde tierra contra la astronave continuó con gran intensidad durante algún tiempo.

—Son cohetes tele-dirigidos—informó Doug después de consultar algunos instrumentos.

—Me sorprende, pues, que no nos alcancen —repuso Tomlison.

—Los que manejan las rampas lanzadoras no deben ser muy expertos en el manejo de estas armas—intervino Richard—. De no ser así, ya habrían conseguido hacer algún blanco.

El aparato ganaba altura a una velocidad de vértigo y no tardó en verse fuera del alcance de aquellas armas.

— ¿Qué explicación le da a esto, Richard? —preguntó el profesor.

— ¿Será posible que haya estallado una guerra en la Tierra entre los diversos gobiernos territoriales?—apuntó Tomlison

—No lo creo probable—contestó Richard—. De ser así, habrían mandado contra nosotros algunos aviones. El problema sigue estando tan confuso o más de lo que estaba antes.

— ¿Qué hago, Richard? ¿Hacia dónde conduzco nuestro aparato?

—Es preciso que tomemos tierra. No podemos estar en esta

incertidumbre más tiempo.

— ¿Qué te parece si lo intento al Noroeste de Nueva York? Hay allí una zona montañosa y quizá podamos encontrar un sitio oculto entre los montes que nos permita un aterrizaje secreto.

—De acuerdo—admitió Richard—. Además, esa zona dispone de una buena red de carreteras y no nos será difícil encontrar un vehículo que nos transporte hacia la ciudad.

Al crepúsculo vespertino sucedieron las primeras sombras de la noche y un denso techo de nubes hizo la oscuridad casi completa.

— ¿Podremos aterrizar en estas condiciones? —preguntó Tomlison.

—No creo que tengamos dificultades—repuso Richard.

—Lo haremos con el piloto automático—aclaró Mak—. Es la única manera de conseguirlo con seguridad.

Richard se dirigió a la cabina de control y comenzó a trabajar en compañía de Doug.

—Es preciso encontrar algún sitio bastante oculto como para poder hacer que no sea descubierto el «Sagitario Z»—dijo a su amigo—. No sabemos qué es lo que pueda suceder.

Mak que había escuchado las palabras de su amigo hizo una sugerencia.

— ¿Enciendo el reflector de proa?

—No—contestó Richard—. Eso advertiría de nuestra presencia a los posibles enemigos. Iluminaremos la zona con los reflectores de luz negra.

De un pequeño cajón sacó dos pares de gafas de extraño diseño y, entregándole unas a Doug, se caló las otras.

—Conecta los reflectores, Doug.

El aludido pulsó un conmutador y los dos hombres comenzaron a mirar detenidamente a través de las paredes transparentes de la cabina.

—Aquel lugar que se ve a la izquierda podría ser bueno. Mak, desvíate treinta grados hacia el sur.

Mak actuó los mandos y contestó:

—Treinta grados.

—Ahora mantente en la vertical.

Mak bajó una pequeña palanca.

—Ya estamos en la vertical, Richard.

— ¿Qué te parece, Doug?

—Creo que es un buen sitio, Richard. Ese pequeño valle que tenemos delante de nuestros ojos puede esconder perfectamente a nuestra astronave.

—Está cerrado por los cuatro puntos cardinales y no creo que se aventure nadie por este lugar.

Tomlison escuchaba la conversación a través de la puerta abierta de la cabina y miraba hacia la tierra, intentando ver, inútilmente, lo que decían sus amigos.

— ¡No consigo ver absolutamente nada! ¿De qué demonios hablan esos hombres?

El profesor Lowe sonrió.

—Están viendo el lugar donde vamos a tomar tierra.

— ¿Pero cómo es posible eso?—contestó el doctor, completamente desorientado.

El profesor no contestó nada pero entró en la cabina donde Richard y Doug estaban trabajando y salió un segundo más tarde, llevando en sus manos unas gafas como las que éstos utilizaban.

—Póngase esto—dijo alargándole las gafas a Tomlison.

El hombre lo hizo tal como se le indicaba.

—No veo nada—exclamó.

—Ahora mire hacia abajo.

Una exclamación de sorpresa se escapó de los labios del doctor.

— ¡Veo perfectamente la tierra!

—Doug y Richard la están iluminando con rayos de luz negra. El ojo humano no es capaz de captar esas vibraciones, pero puede hacerlo con el auxilio de estas gafas. De esta manera se ilumina la zona y, en cambio, nadie nos ve, ni ve iluminada la zona.

— ¡Fantástico!—se asombró Tomlison.

Ante sus ojos tenía un paisaje montañoso, que sr iluminaba con una luz azulada, muy parecida a la del fósforo.

Los montes no eran muy altos pero sí de difícil acceso. El vallecito del que oyera hablar a Richard estaba debajo mismo de la astronave y no distaría de la misma más de unos quinientos metros.

—Pon el piloto automático, Mak, y conecta el dispositivo de descenso.

—Al momento, Richard.

Mak maniobró durante unos segundos con los instrumentos y acabó por conectar los mandos a un pequeño cerebro electrónico.

—Comenzamos a descender—comunicó a su amigo.

Sobre una pequeña pantalla azulada comenzaron a moverse una serie de luces, las cuales trazaban gran cantidad de líneas quebradas y de círculos concéntricos. Los propios mandos del aparato se movían automáticamente.

Tomlison se había quitado las gafas y miraba con asombro aquel incesante movimiento de los mandos, que parecía el teclado

de una pianola eléctrica moviéndose por sí solo.

—La cosa no es tan sorprendente—sonrió Karima—. Una serie de ondas son enviadas contra el suelo y al ser reflejadas impresionan las células fotoeléctricas del cerebro electrónico, advirtiendo las irregularidades del terreno. Entonces el cerebro electrónico, conectado a los mandos, ordena la maniobra más oportuna. Es la única manera de no correr riesgos en un aterrizaje de esta naturaleza.

—Será todo lo sencillo que usted quiera, Karima, pero he de reconocer que a mí me parece maravilloso.

—El aparato que ideó Richard es verdaderamente una obra maestra—sonrió Karima con orgullo.

—Vamos a tomar contacto con tierra—advirtió Richard—. Preparado para desconectar, Mak.

Mak volvió a situarse junto a los mandos.

—Estoy preparado, Richard.

Con la misma suavidad con que lo haría una pluma se posó el «Sagitario Z» en el suelo y sus ocupantes apenas si notaron una pequeña sacudida.

— ¡Desconecta!—gritó Richard.

Mak alargó su mano derecha y dio media vuelta a una pequeña llave.

—Hecha la desconexión.

Richard y Doug salieron de la cabina y se quitaron las gafas que llevaban puestas.

—Ya estamos en la Tierra—sonrió Richard—. No sé qué es lo que nos espera, pero al menos pronto vamos a pisar tierra firme.

—Prefiero enfrentarme con lo que sea a continuar en esta angustiosa incertidumbre—suspiró Tomlison.

— ¿Abro la escotilla de salida, Richard?

—Sí, Mak. Cuanto antes salgamos, mejor.

Mak apretó un botón y comenzó a descorrerse la puerta de la escotilla.

Lo primero que vieron fue el nuboso cielo de la Tierra que, como una cúpula inmensa, se cernía sobre sus cabezas.

Fue Mak el primero en asomarse al exterior.

—No se ve ni a dos metros de distancia—informó—. Las nubes ocultan por completo a la Luna.

—Vamos allá—ordenó Richard.

La metálica escalera extensible había alargado sus brazos hacia el suelo y por ella descendieron los astronautas.

La oscuridad era intensa y un leve viento azotó el rostro de los

viajeros.

Durante unos segundos permanecieron agrupados en apretado haz humano bajo el impresionante silencio de la noche.

A unas dos millas de aquí pasa una carretera importante—dijo Richard—. Nos dirigiremos a ella y procuraremos detener algún automóvil que nos lleve a Nueva York.

Caminando en grupo, para no perder el contacto comenzaron su marcha por el accidentado terreno. Richard llevaba de la mano a Karima y, de vez en cuando, la miraba en silencio para infundirle ánimos.

Al cabo de dos horas de penosa marcha consiguieron alcanzar la carretera y se sentaron al borde de la misma para tomar un poco de descanso.

—Me he cansado más en este trayecto que en el viaje de ida y vuelta a Venus—rezongó Tomlison.

El anciano profesor Lowe no había dicho ni una sola palabra durante todo el camino, pero se veía en su rostro la huella del sufrimiento que le había causado aquella marcha.

—Ahora, esperaremos a que pase algún vehículo—dijo Richard.

Pero transcurrió el tiempo y no tuvieron ni una sola ocasión de conseguir su objetivo.

— ¿No te parece extraño esto, Richard?—dijo Mak—. Esta es la carretera de Búfalo y generalmente pasan por aquí millares de autos y camiones a estas horas.

—No se ve ninguna luz en todos estos alrededores—comentó Doug.

La situación no podía ser más extraña y Richard decidió romper aquel compás de espera.

—Caminaremos por la carretera hasta encontrar algún poblado.

De nuevo se pusieron en camino y una hora más tarde tropezaron con un parador del camino, situado al borde mismo de la carretera.

La iluminación interior se hacía por medio de velas y una música estridente llegaba a los oídos de los viajeros.

Ya estaban a pocos metros de la puerta de entrada cuando Doug tropezó con algo y cayó al suelo.

— ¡Demonios de noche!—exclamó.

Palpó con las manos la «cosa» con la que había tropezado y un grito se escapó de sus labios.

— ¡Eh, Richard!

— ¿Qué sucede, Doug?

—Es un hombre. ¡Un hombre muerto!

El resto del grupo corrió al lado de Doug y pudieron comprobar que era cierto lo que decía.

Un hombre yacía muerto en plena carretera y fue con él con quien tropezara Doug.

—Hace varios días que está muerto—dijo Tomlison después de un breve reconocimiento.

— ¿Pero cómo es posible que dejen a un hombre muerto en medio de la carretera?—se extrañó el profesor.

Un grito de Karima, que se había apartado un poco del grupo que rodeaba al cadáver atrajo la atención sobre ella.

Richard se levantó y corrió al lado de la joven. — ¿Qué te sucede?

Karima no contestó nada pero señaló con el brazo extendido hacia un lugar situado un par de metros más adelante.

Dos nuevos cadáveres yacían en tierra.

La situación no podía ser más desconcertante. —Vamos hacia el parador—dijo Richard secamente.

El grupo continuó avanzando. Richard hizo seña de que se detuvieran y él y Mak se acercaron sigilosamente a una de las ventanas.

Lo que vieron sus ojos no era para describirlo. En el interior de aquella casa se estaba celebrando una orgía desenfrenada. Muchas personas yacían en el suelo, completamente ebrias, y los demás danzaban sobre ellos sin la menor piedad.

—Es mejor no entrar ahí—dijo Richard cuando regresaron al lado de sus compañeros.

— ¿Qué sucede?—preguntó Tomlison.

—Parece como si todo el mundo se hubiera vuelto loco—respondió Mak.

— ¡Vámonos cuanto antes!—ordenó Richard.

—A pocos metros he visto varios automóviles parados—dijo Tomlison—. Podíamos buscar al dueño de uno de ellos...

Richard le cortó la palabra.

—Sería inútil entablar negociaciones. Todos los que se encuentran en ese maldito parador están completamente desquiciados.

— ¿Qué hacemos entonces?—preguntó Karima.

Richard no lo pensó ni un instante.

—Cogeremos uno de esos automóviles y nos iremos tranquilamente. Estoy seguro de que su dueño no ha de necesitarlo.

Los autos a los que se refería Tomlison estaban en el aparcadero del parador.

Dos de ellos tenían descargada la batería y no podían ponerse en marcha. Con el tercero que probaron tuvieron más suerte y consiguieron hacerlo funcionar.

Richard se había sentado al volante y maniobró hábilmente para enfilar la carretera.

Un minuto más tarde volaban en dirección a Nueva York.

De pronto, sucedió algo que dejó petrificados en sus asientos a los viajeros, llenándolos de una mezcla de sorpresa y terror.

Las nubes se habían disipado y la Luna apareció ante sus ojos Pero se trataba de una Luna monstruosa; una gigantesca Luna cuyo disco parecía tener más de doce metros de diámetro.

A simple vista se divisaban sus monstruosos cráteres y su pálida luz envolvía a la Tierra como un sudario de muerte.

— ¡Ahora lo comprendo todo!—exclamó Richard, asiéndose con fuerza al volante para no dejar que su emoción los despistase de la carretera. ¡El fin del mundo está próximo!

CAPITULO III

La simple visión de la carretera que conducía a Nueva York fue un espectáculo pavoroso.

Por doquier se veían los automóviles repletos de personas, volcados sobre una de las cunetas o convertidos en un amasijo de hierros retorcidos a consecuencia de un choque o un despiste de la carretera.

Muchos de estos vehículos estaban repletos de cadáveres de hombres y mujeres, que habían encontrado la muerte en su loca carrera por alcanzar los últimos placeres que podía proporcionarles un mundo que, al parecer, estaba condenado a una muy próxima destrucción.

Nadie hubiera podido imaginar un espectáculo más impresionante que el de aquella ruta jalonada por la muerte, por la cual transitaban nuestros amigos.

— ¡Es el mismo diablo quien mueve el corazón de los hombres! —exclamó Mak.

—Ahora está claro el por qué nadie contestaba a nuestras llamadas—dijo Richard—. La Humanidad entera ha relajado sus principios ante el próximo fin del mundo.

—Es horroroso ver esa monstruosa Luna que se cierne como una terrible amenaza sobre la vida de nuestro planeta—intervino Tomlison.

— ¿Usted cree que puede acabar con la Tierra, profesor ?—preguntó Doug.

El sabio había permanecido en una profunda abstracción desde el momento mismo en que nuestro satélite se hiciera visible en toda su amenazadora grandeza.

— ¿Acabar con nosotros?—preguntó a su vez—. Sí, sí, no cabe la menor duda.

— ¿A qué puede deberse esto?—preguntó Karima.

—Antes de que partiéramos camino de Venus ya pude constatar que la fusión del deuterio de los mares había provocado que la Luna se fuera desplazando de su órbita—contestó el profesor—. Es

una contingencia que no debieron prever los que manejaban desde Venus el gran integrador de deuterio que sembraba la destrucción y el espanto sobre la superficie de nuestros mares.

— ¿A tanto se ha podido llegar?—preguntó Tomlison.

—Al modificar el régimen de mareas se ha modificado también la relación gravitacional entre la Tierra y la Luna, determinando que ésta se salga de su órbita y venga a precipitarse sobre nuestro planeta. El choque hará que la Tierra salte en millones de pedazos, desintegrándose en la mitad del espacio.

— ¿Está muy cerca ese momento?—preguntó Mak.

El profesor calculó mentalmente antes de dar una contestación.

—Las últimas descargas de rayos calóricos de varios millones de grados han precipitado el acontecimiento—contestó finalmente.

— ¡Pero ahora ya hemos destruido ese aparato infernal!—intervino Doug.

—Así es, pero hemos llegado tarde—replicó el profesor—. El proceso ya se ha desencadenado y no terminará hasta que los dos astros entren en colisión.

— ¿Entonces tenemos los días contados, profesor?—insistió Tomlison.

—Ciertamente. Calculo que nos quedan un par de meses de existencia. ¿Qué opina usted, Karima?

La hermosa muchacha había estado calculando mentalmente las posibilidades que les quedaban. La pregunta del profesor significaba el tácito reconocimiento de los grandes conocimientos de astronomía que poseía la mujer de Venus.

—Mis cálculos coinciden aproximadamente con los de usted, profesor Lowe. La fuerza centrífuga de la Luna aún la mantiene dando vueltas alrededor de la Tierra, pero irá cediendo, poco a poco y terminará por precipitarse contra nosotros.

Richard miró una vez más a nuestro satélite y vio su blanca faz iluminada, la cual parecía reírse con la desdentada boca de sus cráteres.

— ¿Qué podríamos hacer para evitarlo?—preguntó.

El profesor se volvió sorprendido hacia Richard, el cual permanecía impasible al volante del automóvil.

— ¿Evitarlo? ¡Demonio de hombre!—sonrió el profesor—. ¡Usted es de los que no se rinden fácilmente, Richard! Me gustan los hombres con semejante temple.

— ¿Cree que hay alguna posibilidad de hacer algo?

— ¿Pero qué posibilidad quiere que haya, hombre de Dios?—replicó el profesor—. Nos encontramos ante un problema en escala

cósmica.

Eso va mucho más allá de las fuerzas humanas.

Las palabras del profesor echaron un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de los que habían escuchado las palabras de Richard y empezaban a entrever una esperanza.

El viaje continuó sin incidentes y al amanecer avistaron la ciudad de Nueva York.

Surgiendo de entre las brumas de la mañana, parecía el imponente fantasma de un coloso del cual se hubiese escapado la vida.

En otros tiempos, la ciudad se desperezaba con el apresurado murmullo de la naciente vida. Los hombres iban al trabajo y millares de automóviles se deslizaban por las carreteras para llevar a su quehacer a los que vivían en las afueras. Las sirenas de las fábricas desgarraban el aire con sus gritos y un río humano se apresuraba en todas direcciones.

Nada de eso sucedía ahora y un gris silencio se cernía sobre los rascacielos como un pájaro de mal agüero.

Al entrar por una de las calles que conducían al corazón de la ciudad leyeron una gran pancarta de tela que rezaba:

«Quienquiera que seas no entres en la ciudad o morirás.» «Estos son los dominios de Joe «El Rayo», rey de Nueva York.»

—He ahí un decreto del último gobierno —sonrió Mak.

— ¿Pero a qué extremo de locura han llegado los hombres?— suspiró Karima.

—Eso debe haberlo puesto algún demente que no ha encontrado otra manera de distraerse para mitigar su miedo—dijo Tomlison.

—Supongo que no nos detendrá esa pueril amenaza ¿verdad, Richard? — preguntó Doug.

—Seguiremos adelante—contestó brevemente el aludido.

Pero su pretensión iba a verse muy pronto defraudada. No habían recorrido más de cincuenta metros de aquella calle cuando el tableteo de una ametralladora rompió el silencio de la mañana, esparciendo su eco en todas direcciones.

Richard sintió que el coche se escapaba a su control y metió el pie a fondo en el freno, haciendo que el vehículo patinase sobre sus cuatro ruedas.

Desesperadamente maniobró con el volante en un intento de dominar el automóvil, pero no lo consiguió más que a medias, yendo a estrellarse contra uno de los edificios después de saltar violentamente sobre la acera.

El choque conmocionó a todos durante unos segundos, arrojándolos a unos contra otros en terrible confusión.

— ¡Malditos sean!—exclamó Mak.

—Han reventado los neumáticos delanteros —dijo Richard—. ¿Está herido alguien?

—Me he dado un golpe en la cabeza, pero no es nada—dijo Doug.

Karima se incorporó y dijo casi al oído de Richard:

—Estoy bien, querido.

—No sé cómo no nos hemos matado—refunfuñó Tomlison—. Me he dado un golpe en la rodilla y me duele endemoniadamente.

— ¿Cómo está el profesor?

—Estoy bien, Richard—contestó el sabio—. Algunas contusiones y magulladuras, pero nada más.

Richard abrió la portezuela y se dispuso a salir. En aquel momento llegó hasta sus oídos un griterío ensordecedor que se acercaba rápidamente hacia el automóvil siniestrado.

Richard salió del coche y vio precipitarse hacia ellos un desaforado gentío, que era lo que de tal modo vociferaba

Serían unos, treinta entre hombres y mujeres y su aspecto no podía ser más amenazador y temblé. Todos iban vestidos con desaliño. Las mujeres llevaban la cara pintarrajeada y los hombres lucían una barba de varios días. Olían a alcohol y suciedad y en sus rostros ajados mostraban las huellas del insomnio y los excesos a los que se entregaban desde hacía varios días.

Habían salido de una casa y varios de ellos llevaban en sus manos fusiles ametralladores.

El resto de los ocupantes del automóvil habían saltado al suelo y veían acercarse con horror a aquella turba que parecía arrancada de una pesadilla.

— ¡Matémosles!—gritó alguien.

— ¡Va una hermosa mujer con ellos!—dijo otro.

— ¡Viva Joe «El Raye»!—gritó un tercero.

—Les preguntaremos antes quiénes son—dijo una voz imponiéndose sobre las demás.

Un energúmeno de siniestro aspecto y enloquecida mirada se abalanzó sobre Richard e intentó sujetarle los brazos, pero nuestro amigo no había perdido la serenidad y lo recibió con un rodillazo al estómago que le obligó a doblarse por la cintura. Richard aprovechó la oportunidad y, entrelazando los dedos de sus poderosas manos, asestó un golpe en la nuca del siniestro personaje, derribándolo al suelo sin conocimiento.

Aquella fue la señal para que se iniciara un furioso combate entre los dos bandos.

Durante unos minutos reinó la furia en aquella calle tan silenciosa un momento antes.

Richard y sus amigos luchaban con todas sus fuerzas contra el nutrido grupo de agresores y hasta Karima y el profesor intervinieron en la pelea.

Pero la proporción era de cinco a uno y no tardaron en ser dominados.

— ¡Vamos a colgarlos!—sugirió alguien.

— ¡Mejor es que los quememos vivos!—apuntó otro.

— ¡La muchacha dejármela para mí!—dijo un tercero.

Cada cual en el bando de los vencedores expresaba a voz en grito su parecer y nuestros amigos eran zarandeados por aquella multitud enloquecida.

— ¡Oídme!—gritó Richard—. ¡Nosotros tenemos la solución para evitar que se acabe el mundo!

— ¿Quién eres tú?—preguntó una voz a su lado.

—Pertenecemos a la expedición que ha ido a Venus. Si nos dejáis, devolveremos la normalidad a la situación creada.

Aquellas palabras tuvieron un efecto contrario al que pretendía Richard.

El griterío aumentó hasta un punto inconcebible y las voces airadas se multiplicaron.

— ¡Son unos malditos sabios! ¡Acabemos con ellos!

— ¡Vosotros tenéis la culpa de todo lo que pasa!

— ¡A la hoguera con ellos!

— ¡Que vayan al infierno ellos y sus malditos experimentos!

Richard comprendió que la vida de todos ellos estaba pendiente de un hilo.

Dirigió sus ojos hacia Karima y vio que la muchacha se encontraba aprisionada entre los brazos de un tipo de pésimo aspecto.

— ¡No sufras por mí!—le gritó la joven.

Richard intentó debatirse entre sus aprehensores, pero varios golpes contundentes lo redujeron al instante.

— ¡Silencio! ¡Silencio!—gritó un individuo de hercúleas proporciones y mirada brutal.

— ¡Démosles lo suyo de una vez, Freddy! —gritó una mujer de cara macilenta y grandes ojeras bajo sus ojos pintarrajeados.

— ¡He dicho que os calléis de una maldita vez!—gritó el hombrón—. ¿Es que alguien quiere vérselas con Freddy?

Las voces se fueron apaciguando y el llamado Freddy volvió a tomar la palabra.

—Ellos mismos han dicho que son científicos, ¿no es así?

—Cierto—dijeron varias voces a una.

— ¿Qué decís vosotros a eso? — preguntó Freddy, dirigiéndose a Richard.

—Ya te he dicho que somos los que integramos la expedición a Venus.

— ¡Son los que nos han traído esta catástrofe!—gritó la mujer de cara macilenta.

— ¡Silencio!

—No creo que consigáis nada matándonos —dijo Richard.

—Vosotros y otros como vosotros nos habéis traído esta ruina—replicó el hombre, poniendo en su torva mirada un destello de odio —. No es que el mundo fuera ninguna gran cosa, pero vosotros lo habéis destruido con vuestros malditos experimentos.

—Estás equivocado. Precisamente acabamos de descubrir las causas de todo lo que sucede. Si nos dais tiempo, es posible que aún podamos salvar a la Tierra de la catástrofe que se avecina.

— ¡Mientes miserablemente!—gritó un hombrecillo de facciones demacradas y cara de alcohólico.

—Si os dejáramos acortaríais el plazo de vida que nos queda. ¡Eso es lo que haríais!—bramó el jefe de aquel grupo de locos—. ¡El mundo ya no os pertenece! ¡Es nuestro! ¿Lo oyes? ¡Nuestro!

— ¡Viva el reinado de los vagabundos! —gritaron tres o cuatro voces.

—Freddy os dice que seguiremos disfrutando del tiempo que nos queda—dijo el hombrachón, volviéndose hacia sus secuaces.

— ¡Viva Freddy!—gritaron todos al mismo tiempo.

— ¡Viva Joe «El Rayo»! ¡Viva el rey de Nueva York!

—Estos tipos se los regalaremos a Joe— dijo Freddy—. El está preparando una bonita fiesta para pasado mañana y estoy seguro de que le gustará meter a éstos en el repertorio.

— ¡Tiene razón, Freddy! ¡Llevémoslos a presencia de Joe!

Una gran algarabía siguió a estas palabras. Al parecer, la suerte de los expedicionarios estaba decidida.

— ¡Traed los automóviles!

Un minuto más tarde se detenían varios automóviles junto a los prisioneros y Richard y sus amigos fueron metidos en ellos.

— ¡Al palacio de Joe!—gritó alguien con sarcástico acento.

La comitiva se puso en marcha y comenzó a atravesar las calles de la ciudad.

Lo que podía verse a través de las ventanillas no podía ser más desconsolador. Las calles estaban llenas de basura y cristales rotos. Las tiendas habían sido saqueadas y el más absoluto desorden reinaba por doquier. Aquí y allá se veían algunos cadáveres por el suelo y frenéticos grupos de personas de ambos sexos recoman la ciudad en una interminable orgía de sangre y de placeres.

Al doblar una esquina se tropezaron de manos a boca con un nutrido grupo de ciudadanos que cantaba fervorosamente un himno de redención.

— ¡Dales a ésos lo suyo, Mike!—dijo Freddy al hombre que llevaba al lado.

El llamado Mike se echó a la cara el fusil-ametrallador y disparó una ráfaga sobre los iluminados penitentes.

Muchos cayeron al suelo, heridos de muerte, pero los demás continuaron entonando sus himnos y plegarias, como si estuviesen al margen del cruel ataque de sus enemigos.

Los automóviles cruzaron como una exhalación por medio de la piadosa muchedumbre y atropellaron a cuantos se oponían a su paso.

— ¡Son demonios en forma de hombres!—exclamó Karima al ver la crueldad de sus secuestradores.

Richard la miró y consiguió asirle una mano. Karima contestó con una sonrisa al cariñoso gesto de Richard y luego bajó los ojos, mientras sus labios se movían musitando una oración.

CAPITULO IV

El «palacio» de Joe «El Rayo» no era otro que el inmenso edificio donde en un tiempo estuviera instalada la sede del Gobierno Mundial.

En el vestíbulo pudieron ver los prisioneros a la más extraña guardia que concebirse pueda. Un grupo de hombres y mujeres, casi todos ellos borrachos, armados hasta los dientes, servían de guardia al «rey» de Nueva York. Todos vestían de la más arbitraria manera. Algunos de los hombres llevaban puesto un frac, no llevaban camisa y más de uno había perdido los zapatos debido a la semiinconsciencia que le producía la borrachera. Las mujeres llevaban un abigarrado conjunto de ropas costosas y la bahía que se adornaba con joyas hasta la exageración.

—Las cloacas de Nueva York han invadido la ciudad—musitó Tomlison.

Entre gritos y risotadas soeces fueron llevados los prisioneros ante el «rey» de Nueva York, Joe «El Rayo».

Se trataba de un tipo de baja estatura y complexión robusta. Era más bien grueso, pero sus poderosas espaldas disimulaban un tanto su gordura. Su cuello era macizo y asentaba una cabeza de ancha cara donde brillaban unos ojos pequeños y malignos. Un ancho y recortado bigote poblaba el labio superior de su boca sensual y una cara muy bien rasurada acentuaba las satánicas líneas de su rostro.

Aquella bestia humana se sentaba en un confortable sillón, en medio de un caos de inmundicias donde se mezclaban los despojos con enormes montañas de los más suculentos manjares. Varios hombres y mujeres de la más perversa catadura formaban la «corte» de tan siniestro personaje y recibieron con desaforados gritos de alegría la llegada de los prisioneros.

— ¡Mira lo que te traigo, Joe!—gritó Freddy—. ¡Nuevos artistas para el espectáculo que estás preparando!

— ¡Que el diablo me lleve si ése no es el cara sucia de Freddy! —tronó con profunda voz Joe—. ¿Quiénes son tus distinguidos

acompañantes?

—Son unos pajaritos de los que te agradará tener en tu jaula—rió Freddy.

— ¿Se han atrevido a entrar en la ciudad sin mi permiso?

—Los hemos cazado cuando lo intentaban, Joe.

— ¿Por qué no los habéis matado?

—Estoy seguro de que preferirás utilizarlos en el «festival» que preparas para dentro de dos días.

— ¿Tan buenos artistas son?—rió Joe.

—Puedes juzgar tú mismo. ¡Se trata de los «pájaros» que prepararon la expedición a ese condenado planeta que no sé cómo se llama!

El gesto de cruel alegría de Joe «El Rayo» se torció en una expresión de rencorosa ferocidad.

— ¡Esa sí que es una buena noticia!—bramó.

—Tenía razón al traértelos, ¿verdad?

Joe se acercó a los prisioneros y los miró inquisitivamente. El primero con el que se enfrentó fue con Richard.

— ¿Así que pertenecéis a ese odiado mundo de los sabios, eh?

—Y tú perteneces al mundo de los locos, ¿no es cierto?—contestó Richard sin inmutarse.

Joe «El Rayo» lanzó una grosera risotada al escuchar las palabras de nuestro amigo, enseñando toda su dentadura de lobo.

De pronto se detuvo y su pesada mano cayó como un rayo sobre la cara de Richard.

— ¡Toma mi bienvenida!—gritó el energúmeno.

Richard intentó deshacerse de los que le sujetaban para abalanzarse contra aquel bellaco, pero recibió varios golpes en la cabeza que casi le hicieron perder el conocimiento.

— ¡Cobarde!—gritó Mak, al tiempo que forcejeaba con sus aprehensores.

— ¡Suéltanos y verás cómo os enseñamos modales, canalla!—rugió Doug.

Joe «El Rayo» volvió a lanzar al aire su estentórea carcajada y todo su cuerpo tembló sacudido por la risa.

—Nuestro mundo tiene unas leyes distintas al vuestro—dijo cuando dejó de reír—. No somos caballeros, sino vagabundos, ¿os enteráis? Nada de darles ventajas a los enemigos. Nosotros golpeamos fuerte cuando tenemos ocasión de hacerlo y escondemos la cabeza cuando vienen mal dadas.

—Son todos una partida de miserables—dijo el profesor Lowe, sin alterar en nada el tono de su voz.

— ¡Bravo, profesor!—exclamó Mak—. ¡Cada vez me gusta más su manera de hacer discursos!

Joe «El Rayo» miró con furia a los detenidos y dio una orden seca como un trallazo.

— ¡Suavizadme a estos tipos!

Una verdadera lluvia de golpes cayó sobre los prisioneros en medio de las imprecaciones de los hombres y de los gritos histéricos de las mujeres.

Los prisioneros estaban indefensos y no tardaron en caer bajo la sádica furia de sus adversarios.

Casi sin conocimiento cayeron al suelo, pidiendo a Dios que quisiese acabar pronto con sus vidas.

—Atadlos bien y luego venid a comer y beber. ¡Joe «El Rayo» convida!

La operación fue ejecutada en pocos minutos y todos se lanzaron luego sobre los manjares que tenían al alcance de sus manos.

— ¡Viva el rey de Nueva York!—gritó Freddy con la boca llena.

— ¡Viva!—gritaron a coro los demás que llenaban el espacioso salón.

Richard había recobrado el pleno dominio de sus facultades y observaba la escena que se desarrollaba a su alrededor. Una sola cosa pedía a Dios: que los ojos de alguno de aquellos desechos de la sociedad no vinieran a fijarse en la hermosura de Karima.

Pasada una hora de infernal algarabía, la atención de Joe «El Rayo» recayó de nuevo sobre los prisioneros.

— ¡Llevadlos a donde están los otros!—gritó a sus hombres—. Pasado mañana formarán parte del espectáculo que Joe «El Rayo» ofrecerá a sus súbditos.

Una terrible carcajada atronó el espacio del salón y Joe fue tambaleándose a sentarse sobre su trono, pues a tal categoría había elevado el confortable sillón donde reposaba su voluminosa humanidad.

Un grupo de hombres, enfebrecidos por el alcohol, levantó en vilo a los prisioneros y los llevó en volandas hacia los sótanos del edificio, donde Joe «El Rayo» tenía la cárcel en que guardaba a sus prisioneros.

Detrás quedaba un confuso rumor de gritos y voces de aquellos seres enloquecidos por el terror y sus bajas pasiones.

CAPITULO V

Un sótano de regulares dimensiones fue el lugar donde encerraron a los infortunados navegantes del espacio.

Habían sido tundidos a golpes pero, por fortuna, ninguno estaba herido de consideración.

Mak era el que más furioso se mostraba y lanzaba improperios y maldiciones contra aquella partida de dementes.

El interior del sótano estaba habitado por una cincuentena más de personas, en cuyos rostros se reflejaban la preocupación y los malos tratos sufridos.

Richard y el profesor Lowe reconocieron a muchos de los detenidos, hombres de ciencia la mayoría y algunos miembros del Gobierno Mundial y del Gobierno Territorial de los Estados Unidos.

Los nuevos prisioneros fueron recibidos con grandes muestras de conmiseración y simpatía por los que ya ocupaban aquella improvisada prisión.

Dos hombres se mostraron particularmente efusivos con los recién llegados. Uno de ellos era un hombre de unos cincuenta y cinco años, pronunciado abdomen y cara adornada por una barba abundante. El otro era un anciano de cabellos blancos, seco de carnes y mirada apacible. Se trataba del profesor Kawloski, eminencia mundial en astronomía, y del noruego Bjorson, Presidente del Gobierno Mundial, respectivamente.

Los dos hombres estrecharon las manos de Richard y Lowe y luego fueron presentados a los demás.

—No puedo decir que me alegro de verles por aquí—sonrió tristemente Kawloski—. Ni a mis propios enemigos desearía que cayesen en manos de esta chusma maloliente.

— ¿Pero qué es lo que ha pasado?—preguntó Richard.

— ¿Pero cómo es que no están ustedes informados?—quiso saber Kawloski.

—Todos formaban parte del equipo que hizo el primer viaje a Venus—dijo el Presidente Bjorson.

— ¡Es cierto!—exclamó Kawloski—. ¡Cómo me habrán trastornado los últimos acontecimientos que llegué a olvidar un

hecho de sobra conocido por mí!

—Mala fue la partida de ustedes—dijo el Presidente—, pero aún ha sido peor el regreso.

— ¿Cómo se ha podido llegar a un extremo semejante?—preguntó Richard.

—La culpa ha sido de esos malditos fenómenos que han provocado tan terribles catástrofes sobre nuestros océanos—dijo Kawloski—. La luna se ha salido de su órbita y no tardará en precipitarse contra nosotros, destruyéndonos.

—Hemos descubierto las causas de esas fusiones en gran escala del deuterio de nuestros mares—intervino el profesor—y hemos conseguido destruir las fuentes de las tempestades de calor que las provocaban.

— ¿Ha sido una de las consecuencias del viaje a Venus?—preguntó el presidente Bjorson.

—Así es—repuso el profesor Lowe—. Son muchas y asombrosas noticias las que traemos,

—Cuente, querido colega, cuente—animó Kawloski.

El profesor Lowe guardó silencio durante unos segundos, para reconcentrar sus recuerdos y luego fue relatando los avatares de la expedición, desde el momento en que el «Sagitario Z» abandonara la base de North Platte hasta el aterrizaje nocturno en los montes del Noroeste de Nueva York,

— ¡Qué asombrosas noticias!—exclamó Kawloski—. ¡Seres humanos en Venus! ¡Jamás lo hubiera imaginado!

—Desdichadamente — sonrió Bjorson con amargura—, el peligro de un ataque a la Tierra por parte de ese Gowka[3] ha dejado de tener importancia. Dentro de muy poco nuestro planeta ya no contará en el sistema solar.

— ¿Cómo se han producido las cosas aquí? —volvió a preguntar Richard.

El anciano presidente Bjorson tomó la palabra.

—Los pueblos de la Tierra, excepción hecha de los pequeños núcleos de sabios, han dado en considerar los experimentos científicos como causa de la inminente precipitación de nuestro satélite sobre el mundo. Una ola de pánico ha sacudido a la Humanidad entera y los más exaltados se lanzaron a la destrucción de nuestras grandes centrales atómicas y cuantos proyectos científicos estaban en marcha. Muchos de los sabios de todo el mundo fueron asesinados vilmente y otros encarcelados. La mayoría de los ciudadanos se desentendieron de todo, atentos tan sólo a la salvación de sus almas y a reunirse con sus seres

queridos para morir juntos en la gran catástrofe cósmica que se avecina. Cuando quisieron reaccionar contra la ola de crímenes ya era demasiado tarde. Toda la hez de la sociedad se había adueñado de la situación, desencadenando una ola de crímenes y dispuestos a vivir en una orgía continua los escasos días de vida que les quedan.

— ¿Y nuestros ejércitos?—preguntó Richard.

—Fueron desarmados en los primeros momentos. Tenga en cuenta que sus efectivos eran muy reducidos, ya que el peligro de guerra había desaparecido totalmente gracias al establecimiento del Gobierno Mundial. Los mismos soldados son gente del pueblo, sin preparación alguna, y la mayoría de ellos tomaron parte en la revuelta.

—Sólo algunos grupos, en distintos lugares de la Tierra han conseguido resistir frente a las turbas enfurecidas—intervino Kawloski—. Entre ellos se encuentra España, China y algún que otro sitio, pero carecen de potencial suficiente para restablecer el orden en el mundo entero.

— ¿Quién es ese Joe «El Rayo, que se titula «rey> de Nueva York?—preguntó Tomlison.

—Se trata de un vagabundo—contestó Bjorson—que ha reunido a toda la gente de mal vivir bajo su mando y se ha adueñado de la ciudad. Algo semejante han hecho otros tipos de la misma calaña en otras de nuestras ciudades.

— ¿Y por qué nos ha hecho prisioneros en vez de matamos?—preguntó Richard.

—Es una pregunta que nos hacemos todos —repuso Kawloski—. Según parece prepara algo muy espectacular.

La conversación continuó durante un buen rato, hasta que Bjorson y Kawloski fueron reclamados por otro grupo de prisioneros.

Richard se sentó en el suelo junto al lugar donde lo había hecho Karima y cogió las manos de la muchacha entre las suyas.

—Ten valor, querida—le dijo—. Cualquier cosa que sobrevenga nos pillará juntos.

La maravillosa muchacha miró rectamente a los ojos de Richard y sonrió.

—No te preocupes por mí, amor mío. No me faltan ni el valor ni la confianza en Dios.

—Quizá encontremos una oportunidad para escapar—dijo Richard, aunque no estaba muy convencido de que ésta se presentara.

—De cualquier modo que sea—respondió la muchacha—, no

desfalleceré mientras esté a tu lado.

Richard tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no besar delante de todos, aquellos maravillosos labios que acababan de pronunciar tan valerosas palabras.

—Mientras hablabais he comunicado con mi padre—continuó la muchacha.

— ¿Cómo van las cosas en tu mundo?

Karima ejerció una dulce presión sobre las manos de Richard y sonrió.

—Mi mundo es el tuyo, querido.

— ¿Cómo le van las cosas al viejo Karm? —rectificó sonriendo Richard.

—En estos momentos están trabados en una decisiva batalla con las fuerzas de Gowka. De ella depende el porvenir de nuestro pueblo.

— ¿Le has dicho...?

—No he querido llevar al corazón de mi padre la angustia de nuestra situación en estos momentos en que tanto necesita de la lucidez de su espíritu. No le he dicho nada.

—Has hecho bien. ¡Ojalá podamos darle mejores noticias más adelante!

En semejante situación pasaron dos días. Casi todos los prisioneros se habían vuelto taciturnos y se ensimismaban en sus propios pensamientos.

Mak y Doug no se daban un momento de reposo buscando una salida a la situación, Tomlison atendía a los que se encontraban enfermos y el profesor Lowe se hundía en profundas meditaciones, de las que solamente salía para consultar algo con Kawloski.

En la noche del segundo día se acercó a Richard para hacerle una inesperada pregunta.

—Cuando nos apresaron esa turba de orates, usted les dijo que podríamos resolver la situación de inminente catástrofe que amenaza al mundo, Richard. ¿Se basaba en alguna idea concreta?

Richard miró al profesor, extrañado de que trajese a colación aquel asunto.

—No—dijo—. Sólo pretendía ganar algún tiempo, en vista de la situación que teníamos planteada.

— ¡Ah!—se limitó a responder el profesor. — ¿A qué obedece la pregunta?

—Es algo que pienso y que no me deja dormir—contestó evasivamente el profesor.

— ¿Puedo saber de qué se trata?

El profesor pareció vacilar unos instantes y finalmente dijo:

—La cosa no tiene demasiada importancia, porque lo más probable es que no pasen muchos días antes de que acaben con nosotros los hombres de ese condenado Joe «El Rayo», pero es el caso que quizá hubiera una solución para el problema que nos plantea nuestro satélite.

Richard acosó a preguntas al profesor pero éste se negó a dar mayores explicaciones, pretextando que no quería hacer concebir esperanzas a nadie cuando el asunto aún no estaba madurado.

Lowe volvió al rincón donde asentaba sus reales y no tardó en abstraerse, proyectando su poderosa mente científica sobre el problema al que había aludido.

En las primeras horas de la mañana del tercer día se abrieron las puertas del sótano y dieron paso a un nutrido grupo de hombres desharrapados, todos los cuales iban fuertemente armados y apuntaban con sus pistolas y metralletas a los detenidos.

— ¡Todo el mundo de pie!—gritó el jefe de aquel grupo de facinerosos, que no era otro que Freddy.

Algunos que pretendieron resistirse a la orden, se les obligó a cumplirla violentamente.

— ¡Ahora en marcha!—volvió a ordenar Freddy—. ¡Pronto vais a gozar de la luz y el aire de la calle!

Una risotada subrayó sus palabras y fue coreada por todo el grupo.

Mak se puso al lado de Richard y pudo hablar con éste en voz baja.

— ¿A dónde nos llevarán estos perros?—preguntó.

—No tengo ni la menor idea, pero ten la seguridad de que nada bueno nos espera.

Salieron a un vestíbulo y allí les ataron las manos a la espalda.

—Cada vez me da más mala espina—susurró Mak.

Doug, Tomlison y el profesor Lowe también consiguieron arrimarse al grupo formado por Karima, Richard y Mak y caminaron junto a ellos.

En la calle les esperaban varios camiones y en ellos fueron trasladados a una gran plaza totalmente abarrotada de gente.

A la primera ojeada podía verse que quienes llenaban de tal modo la plaza eran hombres y mujeres de la misma calaña que aquellos que los habían hecho prisioneros.

Todos ellos estaban muy excitados y sus ojos brillaban como si estuviesen poseídos por el mismísimo demonio.

Atravesaron la plaza por un pasillo que se abrió entre la multitud

y sufrieron toda clase de vejaciones de palabra y obra hasta llegar a su destino.

Cuando se detuvieron apenas si podían dar crédito a sus ojos.

Un largo patíbulo estaba adosado a la pared de los edificios que formaban aquel lado de la plaza y cincuenta fatídicas horcas se alineaban en una escenografía macabra.

— ¡Por los clavos de Cristo!—exclamó Mak.

— ¡Esta escena es peor que la más lúgubre de la Revolución Francesa!—musitó Tomlison.

Bajo la amenaza de las armas fueron obligados a subir al siniestro tablado y un aullido inhumano de triunfo se escapó de las gargantas de todos los que estaban esperando el terrible espectáculo que iba a ofrecerles Joe «El Rayo», el «rey» de Nueva York.

Cada una de las horcas estaba servida por dos rufianes, los cuales gesticulaban de cara al público, contentos y satisfechos de haber sido designados para ejercer el oficio de verdugos.

Un tipo de fuerte contextura se destacó del público y subió al entarimado, mientras los detenidos eran colocados debajo de las horcas. Aquel tipo era Joe.

Una salva de gritos y aplausos acogió su presencia.

— ¡Viva el rey de Nueva York!

— ¡Viva Joe!

El criminal individuo reclamó silencio con un gesto de la mano y tomó la palabra.

— ¡Amigos!—dijo—. Ha llegado el momento de que Joe «El Rayo» demuestre que es el verdadero rey de Nueva York.

— ¡Viva Joe!—volvió a gritar aquella desgarrada multitud.

—Estos son los máximos responsables de lo que sucede—continuó Joe.

— ¡Cuélgalos ya de una vez!—gritó alguien.

— ¡Que mueran! ¡Que mueran!—gritó enardecida aquella manada de lobos.

—Nosotros moriremos pronto — prosiguió Joe—, pero lo haremos con la tripa bien llena y el cuerpo convertido en un tonel de «whisky».

— ¡Viva nuestro rey!

— ¡Viva Joe!

— ¡Colguemos a los sabios!

—A ello vamos, camaradas—replicó Joe—. Vamos a tener el gusto de verlos morir antes que nosotros en esta bonita fiesta que os he preparado.

Una salva de aplausos, gritos, silbidos y voces confusas acogieron las palabras de aquel degenerado.

— ¡Comience la fiesta!—ordenó Joe a los improvisados verdugos.

Richard, Mak y Doug intentaron debatirse pero pronto fueron dominados, con gran regocijo de la multitud.

—Dejadlo estar—dijo Richard a sus amigos—. No les demos el gusto de que disfruten del espectáculo.

Después de estas palabras dirigió sus ojos hacia Karima y en la muda mirada que se cruzó entre ambos expresaron toda la pasión que sentían el uno por el otro.

Richard aún tuvo ánimos para sonreír a su amada.

— ¡Adelante, camaradas!—gritó Joe con su terrible vozarrón.

Todos los prisioneros estaban lívidos y se sentían incapaces de luchar contra las fatales circunstancias.

Pero en aquel mismo instante sucedió algo totalmente imprevisto.

El seco trallazo de un disparo se impuso al rugido de la multitud y Joe cayó al suelo con la cabeza atravesada por un balazo.

Como si aquello hubiera sido la señal convenida, un nutrido fuego de fusil-ametrallador lanzó una cortina de plomo y acero sobre la chusma criminal, centrándose especialmente en los grupos que iban armados.

El desconcierto y la muerte hizo presa en aquellas fieras humanas y pronto se organizó una furiosa desbandada.

Las armas eran disparadas desde las ventanas de las casas a cuyo pie se encontraba el siniestro patíbulo y arrojaban incesantemente fuego sobre la enloquecida turba.

Una docena de gruesas cuerdas fueron lanzadas desde las alturas y por ellas descendieron, con la velocidad de un rayo, varios grupos de hombres que vestían con orgullo el uniforme del Ejército Territorial de los Estados Unidos.

Apenas ponían los pies en el tablado donde se levantaban las horcas, requerían sus armas que llevaban en bandolera y hacían frente a los que aún quedaban en vida de los grupos armados de facinerosos.

La perfecta disciplina con que actuaban y el decidido coraje que ponían en la empresa no tardaron en dar sus frutos.

Un oficial se dirigió hacia el lugar que ocupaba Richard y disparó su pistola contra uno de los verdugos que se encontraba a su lado. Tan rápida había sido la acción de aquel «comando» que el hombre aún no había tenido tiempo de reaccionar. Media docena de balas

se clavaron en su cuerpo y cayó al suelo, sin vida.

El otro verdugo echó a correr y se arrojó de cabeza al suelo desde el entarimado.

— ¡Donald!—exclamó Richard, el cual había reconocido en el acto al gallardo oficial[4].

— ¡Richard!

El oficial sacó una navaja y no tardó en cortar las ligaduras que aprisionaban a Richard.

—Pronto—dijo Donald entregando la navaja a su amigo—, desata a los demás, mientras yo dirijo la operación de limpieza.

Richard no se detuvo ni un instante y poco después había conseguido cortar las ligaduras de todos.

Karima se abrazó a Richard y los dos seres permanecieron unos segundos estrechamente enlazados.

—Ahora no debemos perder ni un segundo —dijo Richard desasiéndose de tan dulce abrazo—. Protégete detrás de una de las horcas y no me pierdas de vista.

— ¡Que me arranquen las orejas si no es el condenado de Donald el oficial que te ha dado la navaja!—exclamó Mak al verse libre—. ¡Siempre pensé que era un tipo formidable!

— ¡Gracias, Dios mío!—murmuró el profesor Lowe con voz emocionada.

— ¡Reúnelos a todos en la parte norte de la plaza y no os mováis de allí, Richard!—gritó Donald—. ¡Esto lo acabamos ahora mismo!

A una voz de Richard se agruparon todos los que habían sido víctimas hasta entonces de Joe «El Rayo», el cual estaba muerto a pocos pasos de distancia, con medio cuerpo en el entarimado y el otro medio colgando en el vacío.

— ¡Síganme todos!—ordenó Richard.

En pocos segundos alcanzaron el lugar que les había indicado Donald y esperaron.

Cinco minutos más tarde había terminado la batalla con el más completo triunfo de las fuerzas que capitaneaba Donald.

Un profundo silencio siguió a la terrible algarabía de unos momentos antes y Donald se acercó al excitado grupo de ex-prisioneros.

—Están ustedes bajo la protección de un «comando» independiente del Ejército Territorial. Muy pronto abandonaremos este lugar siniestro.

Diciendo esto dirigió hacia el aire su pistola e hizo tres rápidos disparos.

Un minuto más tarde llegaba un pequeño convoy de automóviles, conducido cada uno de ellos por un hombre uniformado, y recibieron en su seno a cuantos quedaban en pie del «comando» y a los prisioneros que acababan de ser rescatados.

— ¡En marcha!—gritó Donald con enérgica voz.

Los motores de los automóviles fueron acelerados y el convoy partió a toda velocidad.

Detrás quedaba la plaza repleta de cadáveres, sobre los cuales se proyectaban las sombras de las horcas vacías.

CAPITULO VI

Durante buena parte del día la caravana de automóviles discurrió a buena marcha por la carretera.

— ¿A dónde vamos; Donald?—preguntó Richard a su amigo.

—Al único sitio donde podemos estar relativamente seguros—respondió el militar—. Un lugar que ha sido respetado milagrosamente por las enfurecidas multitudes.

Richard no quiso hacer más preguntas, pues veía la preocupación de su amigo en conducir la caravana hacia su destino.

—Estoy muy preocupado, Richard—dijo Donald—. He perdido quince hombres en rescataros y no quisiera tener otro nuevo incidente.

—Lo comprendo—aseguró Richard—. Pon toda tu atención en la tarea y no volveré a molestarte.

Donald estaba en contacto por radio con los demás coches de la expedición y daba las instrucciones precisas en cada momento.

Delante iba una patrulla encargada de eliminar cualquier obstáculo que se interpusiese en su camino y un grupo de retaguardia se preocupaba de ver si eran seguidos.

— ¡Menos mal que los teléfonos no funcionan hace días!—exclamó Donald una vez—. De no ser así podrían prevenir esos malditos a otros grupos que actúan de igual manera en las poblaciones próximas a la capital.

Richard asintió con la cabeza y no dijo nada.

Al atardecer llegaron a un lugar montañoso situado a mitad camino entre New Haven y Lewisburg, no muy lejos del sitio donde Richard había hecho aterrizar al «Sagitario Z.»

Tomaron por una carretera lateral y se fueron adentrando por las montañas.

En determinado lugar de aquel camino encajonado entre los montes pudieron leer un gran cartel, clavado sobre dos gruesas estacas, que rezaba: «Zona deshabitada. Prohibido el paso. Zona intensamente radiactiva. Peligro de muerte.»

Aunque Richard se había hecho el propósito de no volver a molestar a su amigo no pudo menos que hacerle una observación.

— ¿Te has dado cuenta de lo que decía ese cartel, Donald?

El aludido asintió con la cabeza y una fina sonrisa se dibujó en sus labios.

—Creo que ya estamos en terreno seguro —dijo—. Eso es un truco que se le ocurrió al profesor Armer para alejar de estos lugares a esos satánicos vagabundos.

La caravana había atravesado por debajo de aquel cartel amenazador y seguía su marcha.

— ¿Has dicho Armer? ¿El director de las centrales termonucleares?

—El mismo—asintió Richard.

— ¿Entonces estamos en la Central «Z»?

—Tú lo has dicho—confirmó Donald—. Es el único sitio que ha sido respetado. Armer tuvo una excelente idea. Colocó ese cartel y rodeó la zona con un circuito libre eléctrico, que se pone en acción por medio de unas células fotoeléctricas. En cuanto se aproximaron las vanguardias de la multitud que pretendía destruir este centro quedaron carbonizadas. En este caso nos fue provechosa su ignorancia, pues atribuyeron esto a la radiactividad y ya no volvieron a molestamos.

— ¿Tú te encontrabas aquí en el momento de la revuelta?

—Sí. Mis hombres y yo habíamos sido destinados para la defensa de este centro en cuanto empezó a ponerse mal la situación. Desde aquí partimos hacia Nueva York para ver qué podía hacerse, pero significábamos poca cosa al lado de la marea humana que se había desencadenado en una furiosa tempestad. Muchos hombres honrados lamentan hoy haberse dejado arrastrar por el pánico, haciendo el juego a la gente del hampa como ese Joe «El Rayo» y su cohorte de infrahombres.

—Debieron ser momentos terribles.

—No puedes ni hacerte una idea, Richard. Nosotros tuvimos que replegamos y decidí actuar en plan de «comando».

— ¿Cómo te enteraste de lo que tramaba Joe?

—Algunos de mis hombres viven confundidos entre la chusma que los rodeaba. Ellos me dieron las referencias precisas de lo que se preparaba.

—Realmente fue providencial vuestra intervención.

—Estábamos preparados desde la noche anterior. Los vecinos de aquellas casas habían reaccionado y nos prestaron su colaboración sin vacilar un instante.

—Prefiero morir en el choque cósmico que se avecina que suspendido indignamente por el cuello al extremo de una cuerda.

—En el momento en que entramos en acción me acordé de las corbatas que me regaló Mak, ¿recuerdas? Aún no he podido abrazar a ese demonio con apariencia de hombre.

—Creo que va en el automóvil que sigue al nuestro.

—A Doug lo vi durante una fracción de segundo, y también al profesor. A Karima ya la veo a tu lado, tan hermosa como siempre. ¿Cómo os fue vuestra expedición a Venus?

Richard hizo un breve relato a su amigo que suscitó la admiración y el asombro de éste.

— ¡Yo aquí he tenido que bregar de lo lindo, Richard! Mi «comando» ha intervenido en una docena de operaciones, principalmente para rescatar a muchos miembros de los gobiernos Mundial y Territorial, y a muchos sabios que habían caído en manos de la multitud enloquecida. Desgraciadamente tenemos que lamentar muchas muertes de hombres de gran valía. Los que hemos podido rescatar se hallan a salvo en la Central «Z».

— ¡Lástima que el fin del mundo esté ya tan próximo!—suspiró Richard.

—Así es, querido Richard. El general Badell ha conseguido reunir unos miles de hombres y avanza penosamente hacia Nueva York, pero su gesto será inútil. ¡Me alegro de haber dado su merecido a esa partida de rufianes antes de desaparecer de este mundo! Estoy seguro de que se alegrará el general cuando se lo comunique por radio.

En aquel momento llegaban a los muros de la Central «Z» y una guardia armada les abrió las puertas entre vítores y aclamaciones.

Varios centenares de personas—una buena parte de ellos rescatados por el «comando» de Donald—salieron a recibir a los que llegaban,

Apenas todos descendieron de los automóviles se produjeron un sinfín de emocionantes escenas, pues muchos de ellos se conocían desde hacía muchos años y habían perdido la esperanza de volver a verse.

Los que con más efusión recibieron la bienvenida fueron Bjorson y el profesor Lowe, los cuales eran conocidos y queridos por todos los que allí se habían concentrado. La personalidad política de uno y la científica del otro les había hecho acreedores a la admiración del mundo entero.

Aún no había conseguido Donald dar un par de pasos cuando alguien cayó sobre él como una tromba y le descompuso la figura

con fuerte abrazo.

— ¡Maldito condenado! ¡Creí que nunca podrías andar por el mundo sin niñera! ¡Decididamente, eres todo un tipo!

Quien así hablaba era Mak, el cual no cabía en sí de gozo al poder estrechar entre sus brazos a su fiel camarada y salvador.

— ¡Demonio de Mak!—exclamó Donald—. ¡Eres un gorila con la piel demasiado dura para los dientes de esos bergantes!

— ¡Que Dios los confunda y perdone a los que has enviado por delante! ¿Cómo se te ocurrió venir a nuestra ayuda?

Donald miró con indecible satisfacción a su amigo y dijo:

—Me enteré de que te iban a regalar una «corbata» que no te iba a sentar tan bien como las que tú me regalaste[5] y decidí impedirlo.

— ¡Observo con agrado que vas mejorando en cuestión de gustos! ¡Francamente, aquella «corbata» de cáñamo no me hubiera sentado nada bien!

— ¿Y para los pobres no queda nada?—dijo una voz.

— ¡Doug!

Donald y el recién llegado se fundieron en un abrazo emocionado.

Las escenas de emocionada efusión se prolongaron entre los recién llegados y los que ya estaban en la Central «Z», hasta que una poderosa voz se impuso a las demás.

—Dejen algo para luego, amigos. Hay cena para todos y no creo que la emoción les impida comer.

El que así había hablado era el intendente de la Central «Z» y sus palabras fueron acogidas con verdadero entusiasmo.

— ¿Han dicho cena?—preguntó Mak—. Hace días que no sé lo que es probar bocado. ¡Soy capaz de comerme un elefante con colmillos y todo!

Richard enlazó dulcemente a Karima por la cintura y caminaron lentamente hacia el amplio comedor de la Central «Z».

Por un momento pareció que la inminente amenaza de destrucción total de la Tierra había dejado de existir.

CAPITULO VII

Dos días más tarde se celebraba una importante reunión bajo la presidencia de Bjorson.

El profesor Armer era hombre de mediana edad y de una jovialidad a toda prueba. Había dado toda clase de facilidades, improvisando recursos donde no los había.

Aquellos hombres estudiaban serenamente la situación para ver de encontrar un procedimiento que devolviera al mundo el imperio de la Ley, aunque sólo fuera para las pocas semanas que le quedaban de existencia.

—El general Badell—informó Donald—me comunica que son tantas las atrocidades que encuentra a su paso que se ve obligado a intervenir, retrasando por lo tanto su llegada a esta zona. Creo que, por el momento tendremos que arreglárnosla sin él.

Durante más de una hora continuaron las deliberaciones, en infructuoso intento de encontrar solución a tan descabellada coyuntura.

El profesor Lowe escuchaba el parecer de todos y no abrió la boca en todo este tiempo.

Cuando se le preguntó su opinión, carraspeó un poco y tomó la palabra con reposado acento.

—Nos encontramos impotentes para resolver una situación que se ha desbordado—dijo—. Los fundamentos sobre los que se asienta una sociedad civilizada se han venido al suelo ante el próximo fin del mundo. De nada servirá que lleguen las fuerzas del general Badell si no conseguimos devolver a la Humanidad la esperanza. Sólo eso podría restituir las cosas a su cauce normal. El sentimiento colectivo de legítima defensa ha desaparecido en cuanto la Humanidad ya no tiene nada que defender, pues el fin de todo está próximo.

— ¿Considera, profesor, que nosotros mismos debemos abandonarnos a la desesperación y dejar que las cosas sigan su cauce?—preguntó el presidente Bjorson.

—He hablado de devolver a los hombres la esperanza—subrayó

el profesor.

— ¿Por qué no se explica?—insinuó Armer.

Lowe dirigió una mirada circular hacia los que le rodeaban, convencido de que sus palabras iban a causar honda expectación.

—Quiero decir, que nuestra única posibilidad de Revolver al mundo su cordura consiste en eliminar las causas que lo han conducido a esta situación desesperada.

— ¡Pero eso es imposible!—exclamó Armer—. El problema está por encima de las posibilidades humanas.

El profesor sonrió afablemente y tomó de nuevo la palabra.

—El ser humano haría mal en creerse omnipotente, porque sólo el Creador lo es; pero tampoco debe menospreciar su sabiduría y darse por vencido antes de emprender la batalla.

Varias confusas voces se levantaron para contradecir al profesor, pero el presidente Bjorson impuso silencio con un gesto de su mano.

—Dejemos que hable el profesor Lowe. Estoy seguro de que quiere llegar a algún punto.

—Yo les ruego que le escuchen—intervino Kawloski—. Conozco la idea del profesor y vale la pena de ser escuchada.

—Quiero decir—continuó Lowe—que no carecemos de la fuerza esencial para hacer que las cosas vuelvan a estar como estaban.

— ¿Quiere decir que podemos devolver la Luna a su órbita?—preguntó Armer.

—Quiero decir que «teóricamente» es posible —contestó el profesor sin inmutarse.

—Explíquese, por favor—suplicó el presidente Bjorson.

La afirmación del sabio había causado gran expectación y todos los ojos se volvían hacia su menuda figura con una ansiosa interrogación en la mirada.

—Quizá encontremos dificultades insuperables en la práctica—continuó el profesor—, pero teóricamente creo haber resuelto el problema.

—Casi todos los que estamos reunidos aquí pertenecemos al mundo de la Ciencia y sabemos que no hay posibilidades prácticas sin una base teórica—dijo uno de los sabios allí reunidos—. Escuchemos lo que nos dice el profesor Lowe.

—La energía necesaria para levantar la Luna hasta su órbita natural la tenemos aquí, al alcance de la mano. ¿No es acaso esto una central de energía «Z»? Es la misma energía que nos ha traído la actual ruina. ¿Por qué no emplearla para que nos devuelva la felicidad?

—No cabe duda de que disponemos de un potencial de millones de grados—intervino Armer—, pero ¿cómo emplearlo para la empresa que nos proponemos?

—Durante estos últimos días he estado haciendo los cálculos necesarios—prosiguió el profesor—. Si contásemos con un cohete de paredes incombustibles y velocidad graduable, de determinadas proporciones, sería posible dar un empuje a la masa lunar, hasta situarla en su verdadera órbita.

El proyecto era tan fantástico que la mayoría de los que lo escuchaban revelaron en sus rostros una profunda confusión.

—Reconozco que no entiendo ni una palabra de lo que quiere decir el profesor—aseguró Armer.

—El enorme potencial que se necesita para conseguir esa proeza—continuó el profesor Lowe como quien explica una lección—lo proporcionarían ochenta mil toneladas de agua, en contacto con una pila «Z» de fusión de deuterio. Los cincuenta millones de grados que pueden producirse en una décima de segundo por medio de la energía «Z» evaporarían instantáneamente las ochenta mil toneladas de agua, produciendo el primer impulso que anularía la inercia de nuestro satélite, luego descompondrían las moléculas del agua, transformándolas en oxígeno e hidrógeno, liberando una energía química que daría el segundo empujón a nuestro satélite, colocándolo de nuevo en su órbita, si es que mis cálculos no son erróneos.

El profesor había terminado y pasó una mano por su frente, en espera de las objeciones que pudieran hacerle sus colegas.

—La teoría es admirable—reconoció con asombro Armer—, y estoy seguro de que el profesor habrá acertado en sus cálculos sobre la cantidad de agua necesaria y el potencial de la pila «Z», pero he aquí que surgen los imponderables: ¿De dónde sacamos ese maravilloso cohete ? La brevedad del tiempo que disponemos y la escasez de medios nos impiden fabricarlo nosotros mismos. La base teórica es buena, pero totalmente irrealizable.

De pronto se oyó la voz de Richard, el cual había estado escuchando en silencio durante todo aquel tiempo.

— ¡Ese cohete existe!

Todas las miradas se volvieron hacia él y una gran expectación se suscitó en la sala.

— ¿Qué quiere decir?

— ¿Dónde está ese cohete?

—Yo no tengo ni la menor idea de que exista algo semejante.

Las intervenciones se hacían todas al mismo tiempo y el

presidente Bjorson tuvo que reclamar silencio,

—Aclare sus palabras, amigo Richard.

—Existe algo muy parecido a lo que el profesor desea. Algo que puede servir de base para conseguir una estructura semejante a la de ese cohete ¡El «Sagitario Z»!

Muchos no comprendieron lo que significaban aquellas palabras, pero el profesor se dio una palmada en la frente y lanzó una exclamación.

— ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¡Tanto devanarme los sesos para ver de dónde sacábamos semejante cohete y lo tenemos al alcance de la mano!

— ¿El aparato con el cual hicieron el viaje a Venus?—preguntó Kawloski.

—El mismo—respondió Richard—. Sus proporciones son, aproximadamente, las necesarias y no sería difícil convertirlo en el cohete que desea el profesor. Es más, sus motores fotónicos pueden ampliar su potencia cuanto se desee y un cerebro electrónico puede regular su velocidad a nuestro antojo. Ello nos permitirá situarlo en el lugar que deseemos de la Luna, sin necesidad de fiarlo todo a un primer impulso, como sucedería si se tratase de un cohete.

Lo que al principio era simple estupefacción se fue convirtiendo en una ruidosa explosión de esperanza.

— ¡Aún es posible salvarlo todo!—exclamó alguien.

— ¿Dónde está ese aparato?—preguntaron varias voces.

— ¡Lucharemos como titanes para conseguirlo!

— ¡Es preciso empezar cuanto antes!

La angustia de unos momentos antes se había trocado en euforia y todos estaban dispuestos a meter manos a la obra sin perder un minuto.

Las felicitaciones llovían sobre el profesor y Richard y éstos acabaron materialmente deshechos.

— ¿Está usted seguro de poder disponer del «Sagitario Z», Richard?—preguntó el presidente Bjorson.

—Lo dejamos en un valle escondido, no muy lejos de aquí. Es de suponer que nadie lo haya descubierto, pues no creo que nadie haya tenido interés en adentrarse por las montañas. Los que no se han recluido en sus casas para esperar la muerte procuran disfrutar de los placeres que la vida aún puede proporcionarles. Creo que encontraremos el «Sagitario Z» intacto.

—Hay que mandar una expedición cuanto antes para rescatarlo —dijo Kawloski—. No podemos perder ni un solo minuto.

— ¿Conoce con exactitud el sitio donde aterrizaron, Richard?— preguntó Bjorson.

—Sólo aproximadamente, pero estoy seguro de que no me será muy difícil dar con él.

—El comandante Donald Fisser se encargará de darle la protección necesaria para intentar el rescate de ese valioso aparato —ordenó el presidente Bjorson—. ¡Dios quiera que aún estemos a tiempo de evitar la terrible catástrofe cósmica que se avecina a pasos agigantados!

—Antes de que anochezca podemos emprender el camino— contestó Richard—. Haremos despegar nuestra astronave durante la noche y aterrizaremos antes de que amanezca. De ese modo evitaremos ser blanco de miradas indiscretas. Mientras tanto debe disponerse todo para hacer las modificaciones que sean necesarias.

—El profesor Armer, con la colaboración de todos los científicos que se hallan aquí reunidos se encargará de eso—dijo el presidente —.

El profesor Lowe escogerá el equipo que necesite para llevar a cabo los cálculos detallados de la operación.

Richard se volvió hacia Donald y lo miró con una sonrisa en los labios.

— ¿Estás dispuesto, Donald?

—Cuando tú quieras, Richard. ¡Vive el Cielo que vale la pena intentar la aventura!

CAPITULO VIII

La expedición que capitanearon Richard y Donald no tuvo dificultades. El aparato fue traído a la Central «Z» y pronto fue objeto de algunas modificaciones.

Su capacidad era de setenta y una mil cuatrocientas cuarenta toneladas y se consiguió la capacidad deseada desmantelándolo de todas aquellas cosas que no eran absolutamente imprescindibles.

La cámara de combustible convencional, para caso de emergencia, fue vaciada y consiguió dársele al «Sagitario Z» los ochenta mil metros cúbicos de capacidad que había calculado el profesor Lowe como necesarios.

Su proa en forma de cono resultaba ideal para que se clavara en la dura tierra de la Luna y un cerebro electrónico, para dirigirlo a distancia le fue agregado.

Durante veinte días se trabajó sin descanso, poniendo todos el máximo de su esfuerzo en la empresa.

La Luna mientras tanto había descendido algo más y su disco amenazador gravitaba sobre la esperanza de aquel grupo de esforzados hombres.

Richard y Karima apenas si tenían tiempo de verse de vez en cuando.

En la tarde del decimosexto día se encontraron por casualidad y Richard la retuvo por un brazo.

—Tendrás que descansar de vez en cuando —le dijo.

—No puedo, Richard. En este momento estamos calculando la trayectoria de incidencia y cualquier error en la misma sería fatal para el desarrollo de nuestro experimento.

—Tampoco yo ando falto de trabajo—sonrió Richard—, y Mak y Doug y el mismo Tomlison, y todos, pero es preciso detenerse a respirar alguna vez.

—Pronto terminaremos. Por fortuna, nuestro trabajo ha sido abreviado considerablemente gracias a unas comunicaciones que hemos tenido con dos de los más importantes sabios de Venus. Ellos nos han calculado la relación de gravedad de la Luna con

respecto al sistema solar en su conjunto, permitiéndonos precisar con toda exactitud la potencia necesaria para anular la inercia del satélite de la Tierra. Son cálculos que aún no se conocían en la Tierra.

— ¿Quiere eso decir que van bien las cosas del viejo Karm?

—Sí—respondió Karima con un brillo de satisfacción en sus aterciopelados ojos—. El grueso de las fuerzas de Gowka ha sido derrotado y mi padre se dirige hacia la capital. Espera que aún tendrán que reñir otra dura batalla, pero se muestra optimista en cuanto al resultado final.

—No sé cómo te queda tiempo para comunicar con los tuyos—sonrió Richard.

—Pues aún tengo tiempo para otras cosas —respondió la estupenda criatura.

— ¿Por ejemplo?

—Para pensar en ti.

Aquellas palabras fueron dichas con tan deliciosa picardía que Richard no pudo evitar un impulso y, abrazando tiernamente a Karima, la besó con pasión.

— ¿A ti te parece bien lo que haces?—sonrió Karima, desasiéndose del amoroso abrazo—. Esto es casi un sabotaje. ¿Quieres que me olvide hasta de la tabla de multiplicar?

—No quisiera que suceda eso ahora, pero no hay nada que desee más en mi vida. Quisiera que vivieses para mí sólo y poderte responder de la misma manera.

—Empezáis a darme miedo los «terrestres» —sonrió Karima—. ¡Sois demasiado... acaparadores!

—Si salimos de ésta, pienso encerrarte en casa y no te mostraré ni a las visitas—respondió Richard.

—Entonces más vale que me equivoque en mis cálculos y mandemos al «Sagitario Z» a que se pierda en la inmensidad del espacio—repuso Karima con un delicioso mohín.

—Ni se te ocurra—sonrió Richard—. ¡No me gustaría marchar al otro mundo sin antes haberme casado contigo!

—Entonces déjame que me vaya. El profesor Lowe estará esperando.

—Comienzo a tener celos del profesor.

— ¡Es un ser maravilloso!—exclamó sinceramente Karima—. Si tuviera cuarenta años menos tendrías verdaderos motivos para temblar.

Richard estrechó a Karima contra su pecho y la volvió a besar apasionadamente.

—Es tu justo castigo por decir eso, Karima.

La bella mujer miró durante unos segundos a su amado y suspiró:

—Creo que no tendría nada que hacer el profesor aunque tuviera cuarenta años menos.

Richard intentó abrazarla de nuevo, pero Karima se zafó con una ágil y graciosa finta, apartándose de su lado a buen paso.

— ¡Ya te veré cualquier día de éstos!—le gritó cuando ya se encontraba a una veintena de pasos.

Richard la vio alejarse y admiró una vez más la graciosa silueta de su amada.

La voz de Mak lo sacó de su abstracción.

—La pantalla de telerradar no encaja bien, Richard. ¿Quieres bajar de la higuera y venir a ver cómo solucionamos eso?

—Eres menos espiritual que una alcachofa, querido Mak. ¡Tenías que ser tú quien rompiera el encanto de este momento!

—El caso es que no se trata de enamorarse de la Luna como un romántico cualquiera, querido Richard, sino de darle un buen trompazo y colocarla en su sitio, sin la menor piedad para ella. ¿No crees que sea lo que deben hacer hombres de nuestro reconocido temple?

Mak lanzó al aire una alegre carcajada y esquivó un golpe que le dirigía su amigo.

—Vamos a ver qué es lo que le pasa a esa pantalla—dijo Richard poniéndose en marcha.

Así continuaron las cosas hasta que transcurridos diez días más pareció que se llegaba al fin de la empresa.

El «Sagitario Z» había sido modificado convenientemente y las ochenta mil toneladas de agria fueron introducidas en su interior.

Una pila de fusión de deuterio, generadora de energía «Z», quedó fijada en el interior del aparato y la estructura exterior del «Sagitario Z» fue acondicionada para crear un campo electromagnético, que impidiese a la enorme temperatura que habría de producirse el que fundiera las paredes de la astronave.

Un mes justo después de haber iniciado los trabajos se había llegado al término de los mismos.

—Mañana, al atardecer, haremos el lanzamiento—dijo el profesor Lowe en la reunión plenaria que se celebró aquella noche —. Nuestros cálculos están hechos para que el «Sagitario Z» vaya al encuentro de la Luna cuando ésta tome contacto con el tercer cuadrante. En ese punto se hallará en el ángulo cero de la parábola que ha de describir para ponerse en su órbita primitiva.

— ¿A qué hora ha de hacerse el lanzamiento? —preguntó Bjorson.

—A las siete y treinta y dos minutos de la tarde exactamente— respondió el profesor Kawloski, el cual había trabajado junto a Lowe en la preparación del proyecto—. Hemos calculado la velocidad del «Sagitario Z» y coincidirá con la Luna en el punto de contacto de ésta con el tercer cuadrante.

—Nuestra tarea ha terminado por ahora —dijo Bjorson—. Nos retiraremos pronto a descansar esta noche y mañana veremos brillar sobre nuestras cabezas el Sol de nuestra esperanza. La ocasión bien merece que levantemos nuestras copas en un brindis.

—Con estas botellas hemos agotado todas las reservas de nuestra bodega—sonrió Armer—. ¡Nunca mejor empleadas que en este momento!

Todos escanciaron un poco de vino generoso en sus vasos y el Presidente Bjorson lo levantó en el aire.

—Por que el éxito de nuestra empresa devuelva la paz y la concordia entre todos los hombres de la Tierra—dijo gravemente.

— ¡Así sea!—contestaron a coro todos, apurando de un solo sorbo sus vasos y estrellándolos luego contra el suelo.

La cena fue frugal para todos y no tardaron en retirarse a descansar.

Pero una amarga sombra tenía que venir a enturbiar el nervioso optimismo que anidaba en el corazón de aquellos hombres.

Al filo de la medianoche sonaron unos disparos en la puerta principal del recinto y Richard se despertó sobresaltado.

Se había acostado vestido y no tardó en encontrarse fuera del pabellón donde residía.

Los disparos volvieron a repetirse y se encaminó a toda prisa hacia la puerta principal.

Cuando llegó vio a Donald que estaba dando algunas instrucciones a sus hombres.

— ¿Qué sucede, Donald?

—Los centinelas han visto merodear a algunos individuos sospechosos por estos alrededores y han abierto fuego contra ellos.

—Eran cinco o seis—informó un joven teniente, que era el encargado de la guardia en aquel sitio—. Yo mismo los he visto.

—Vamos a dar una batida por los alrededores—dijo Donald—. No me gusta nada este asunto.

Richard se unió al grupo a pesar de las protestas de Donald para hacerle desistir.

—Ahora ya no soy necesario. Si me sucediese algo, Mak o Doug

podrían llevar adelante la parte que me corresponde a mí en la operación de mañana.

—Sea si tú lo quieres, pero toma al menos esta pistola. No sabemos con quién podemos encontramos en cuanto salgamos de este recinto.

Richard cogió el arma y salieron al exterior del recinto.

Durante dos horas estuvieron registrando los alrededores, sin que consiguieran encontrar a los intrusos que se habían aventurado por las proximidades de la Central «Z».

—No me gusta nada esta complicación—rezongó Donald cuando ya estuvieron de vuelta—. ¡Todo iba demasiado bien hasta el momento!

—Quizá se trate de una simple coincidencia —repuso Richard—. Alguien que se ha despistado en su camino y a quien ha espantado el fuego de tus hombres.

—Quisiera creer que es lo que tú dices, pero hubiera sido preferible que no ocurriera este incidente, Richard.

—Después de todo ya hemos acabado nuestra tarea y ya nadie podrá impedir que mandemos mañana al «Sagitario Z» a cumplir con la misión que le hemos encomendado.

Donald se encontraba pesimista y aceptó a regañadientes las palabras de su amigo.

— ¡Dios quiera que sea como tú dices!

—No vamos a desalentamos al final, viejo Donald. Quienquiera que intente interponerse en nuestro camino tendrá que venir dispuesto a luchar a vida o muerte.

—De eso puedes estar seguro, Richard. No entregaremos nuestra presa sin derramar hasta la última gota de sangre si es preciso.

—Verás cómo no es necesario tanto—sonrió Richard.

Donald ordenó a sus hombres que reforzasen la guardia en todos los puntos y él mismo decidió quedarse en pie para estar al tanto de cualquier cosa que pudiese ocurrir.

—Yo me voy a dormir, viejo caimán—sonrió Richard—. Mañana veremos las cosas con más optimismo.

Se despidió de su amigo y emprendió el camino de regreso al pabellón.

En lo que duró el trayecto no pudo apartar de su pensamiento el recuerdo del incidente. Aunque había pretendido quitarle importancia no dejaba de temer que la tuviese realmente.

Era de mal agüero que hubiese sucedido aquello cuando faltaba tan poco para que recogieran los frutos de su titánico esfuerzo.

Se acostó y no pudo conciliar el sueño fácilmente. Una honda preocupación se lo impedía. Por fin pudo más su cansancio y consiguió dormirse, pero terribles pesadillas asaltaron su sueñe durante la noche.

CAPITULO IX

Amaneció el nuevo día y todos estuvieron de pie con las primeras horas de la mañana.

Una febril actividad dominaba a cuantos habían intervenido en aquella asombrosa empresa y se dispusieron a dar los últimos toques al proyecto.

La circunstancia de que el «Sagitario Z» disponía de unos motores fotónicos, cuyo combustible era la luz, y unos mandos que permitían teledirigirlo a voluntad, hacía innecesaria la rampa de lanzamiento, allanando con ello serias dificultades.

A las tres de la tarde estaba todo dispuesto y comenzó la angustiosa espera hasta que se hiciera la hora exacta que había determinado con anterioridad el profesor Lowe y su equipo de colaboradores, en el que tan activa parte había tomado Karima.

Todos estaban preocupados, aunque se esforzaban por evitar que se traslucieran sus temores.

A las seis y media de la tarde, Donald acudió en busca de Richard. Su cara estaba desencajada por el insomnio y una leve palidez cubría sus facciones.

— ¿Cómo van las cosas, Donald?—preguntó Richard con acento jovial, aunque no dejaba de ver la preocupación que se reflejaba en el rostro de su amigo.

—Quiero hablar contigo.

Mak y Doug, que trabajaban en aquel momento con Richard miraron a Donald con ojos interrogantes, pero éste no dijo nada.

—Continuad vosotros con la prueba de los instrumentos—dijo Richard con tono indiferente, al tiempo que les lanzaba una furtiva mirada de advertencia.

Cogió del brazo a su amigo y se alejaron paseando tranquilamente.

—Es algo que no quería decir delante de todos—se explicó Donald.

—Lo he comprendido perfectamente. Por eso me he separado del grupo. ¿Qué sucede?

— ¡Están acercándose, Richard!

Nuestro amigo no tuvo necesidad de mayores explicaciones. Sabía que Donald se refería a hombres venidos de Nueva York.

— ¿Son muchos?

—Ven.

Donald llevó a su amigo hasta el alto muro que cercaba el recinto y lo hizo subir a una de las torretas de la guardia.

Apenas Richard lanzó una ojeada hacia el exterior pudo ver, en la lejanía, cuál era la magnitud del peligro que se avecinaba.

Remontando las lomas y atravesando valles y barrancadas podía verse a una multitud compuesta por varios miles de personas, las cuales se aproximaban en actitud poco tranquilizadora.

—Toma y mira—dijo Donald alargándole unos prismáticos de campaña a su amigo.

Richard miró a través de los instrumentos de larga vista y pudo comprobar que muchos de aquellos seres iban armados hasta los dientes.

—No cabe duda de que son de la misma especie que aquellos que intentaron ahorcamos.

—Se han olido algo y ya no los ha detenido la estratagema ideada por el profesor Armer.

— ¿Crees que podrás resistir con tus hombres?

—Nuestra posición es buena, pues contamos con el muro que cierra el recinto, pero será difícil que podamos contener a esa multitud más de unas horas.

Richard quedó un momento pensativo y luego tomó la palabra.

—Es preciso no decir nada de esto, por ahora. El lanzamiento del «Sagitario Z» se hará dentro de una hora y no debemos turbar la serenidad de los que están entregados en cuerpo y alma a este trabajo.

—Lo menos tardarán en llegar hasta aquí unos cuarenta y cinco minutos. Daré orden a mis hombres de que no disparen hasta que sea imposible evitarlo.

—Eso es. Si tienes que hacer algún movimiento con tus fuerzas procura que pase desapercibido para el resto de nosotros.

—Te comprendo, Richard. Procuraré actuar según me indicas.

Richard se despidió de su amigo y volvió a incorporarse a su trabajo.

— ¿Sucede algo?—preguntó Mak con voz cautelosa.

—Una turba armada se dirige hacia aquí —respondió Richard con voz que era un susurro—, pero debemos impedir que esto llegue a oídos de los demás.

—Comprendido—dijo el valeroso piloto, cerrando los labios en un gesto de coraje.

Los minutos fueron pasando con terrible lentitud y por fin se acercó el momento en que había que empezar el proyectado experimento.

El día era claro y limpio y la gran tabla de control había sido montada al aire libre.

— ¿Están listos los instrumentos de dirección, Richard?—preguntó Lowe.

—Sí, profesor.

—Conecte la pantalla de telerradar que ha de transmitimos desde el interior del aparato la aproximación a la Luna.

—Conexión telerradar, Doug—ordenó a su vez Richard.

—Conexión hecha—respondió Doug.

—Dígame posición exacta, Kawloski.

—La Luna inicia el descenso de la curva hacia el tercer cuadrante—dijo Kawloski, consultando un mapa de cristal en el que se veía dibujada la bóveda celeste y donde un punto luminoso se movía lentamente—. Tardará en alcanzarlo una hora y treinta y cuatro minutos.

—Cuente el tiempo en voz alta de minuto en minuto. Haremos el lanzamiento dentro de cuatro minutos exactamente.

—La pantalla funciona a la perfección—informó Richard.

—Conecte el cerebro electrónico a los mandos.

—Conexión mandos—ordenó a su vez Richard a Mak.

—Conexión hecha — dijo éste bajando con pulso firme una pequeña palanca.

—Revise las cifras de despegue, Karima —continuó el profesor.,

Karima consultó unos instrumentos y leyó algunas cifras en voz alta.

—En el ángulo de derivación cero, velocidad uno. Paralela de despegue ciento ochenta metros. Cambio de trayectoria a los doce segundos, velocidad nueve. Tiempo de aceleración, treinta segundos. Velocidad de crucero, cien.

—De acuerdo, Karima. ¿Coinciden con sus notas, Richard?

—Completamente, profesor.

La situación se iba haciendo tensa por cada segundo que pasaba. Todos los que actuaban en aquellos momentos y los que habían quedado relegados a ser simples observadores en los últimos momentos, sentían que una profunda emoción les invadía y tenían que hacer verdaderos esfuerzos para permanecer en sus puestos sin exteriorizar su nerviosismo.

El único que parecía estar indiferente a todo, y sin embargo era la figura central de la situación, era el profesor Lowe.

Inclinado sobre sus instrumentos, daba las órdenes como pudiera hacerlo un general de Estado Mayor al proyectar las operaciones sobre un mapa. Aquel era su elemento y en él se encontraba el anciano sabio como pez en el agua.

El profesor Kawloski iba contando el tiempo y, de vez en cuando, se escuchaba su recia voz:

—Faltan tres minutos... Faltan dos minutos... Falta un minuto.

El silencio que siguió a estas últimas palabras fue impresionante.

Nadie pudo evitar mirar su reloj y contar segundo a segundo, el tiempo que iba pasando.

—Preparado para el despegue, Richard.

—Motores fotónicos en marcha, Mak—ordenó Richard a su vez.

—Motores en marcha—repuso Mak, al tiempo que hacía una conexión.

—Preparado el giróscopo de despegue automático, Doug.

—Preparado.

—Quedan veinte segundos para despegar—informó Karima.

Richard se sentó frente a un equipo de mandos idéntico al que llevaba el «Sagitario Z» en su interior y se dispuso a realizar las mismas maniobras que tendría que hacer de hallarse sentado en la cabina de pilotaje del «Sagitario Z.»

—Diez segundos—dijo Karima.

Y luego continuó:

—Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

— ¡Despegue!—gritó el profesor, el cual no pudo evitar que esta vez se le enronqueciera la voz a causa de la emoción.

Richard maniobró con los mandos y un leve estremecimiento sacudió al «Sagitario Z».

Centenares de ojos estaban fijos en la astronave sin que nadie se atreviera a pestañear siquiera.

Lentamente se fue elevando en el aire el majestuoso aparato, elevándose verticalmente hasta ciento ochenta metros.

Karima leía con voz emocionada las cifras de despegue y Richard, auxiliado por Mak y Doug, las iba transformando en movimientos y evoluciones del aparato.

Por fin lo colocó en la trayectoria fijada de antemano y lo aceleró para la velocidad de crucero.

—Pasa los mandos al cerebro electrónico, Mak.

—Paso.

—Campo electromagnético para el «Sagitario Z», Doug.

—Campo—dijo Doug pulsando un rojo botón.

Richard se apartó del tablero de mandos y miró con ojos llenos de emoción la marcha del «Sagitario Z». Durante muchos años se había desvelado en proyectarlo y ahora él mismo lo enviaba a la destrucción.

Se sentía orgulloso de que la poderosa astronave contribuyese a un fin tan alto y tan noble como era el de intentar salvar a la Tierra de la catástrofe cósmica que se avecinaba, pero en el fondo tenía un sentimiento de pena al pensar que pronto no quedaría nada de aquel maravilloso ingenio volador, en el cual habían vivido él y sus amigos la asombrosa aventura del viaje a Venus.

Un ¡hurra! salido de todas las gargantas de los que habían estado contemplando la operación de despegue lo devolvió a la realidad y pronto se vio rodeado por un grupo entusiasta que lo felicitaba calurosamente.

Pero aquella explosión de alegría por el éxito de la primera fase de la operación duró muy poco.

El ruido atronador de unos disparos se impuso a las voces entusiastas y todos quedaron en silencio y sobrecogidos.

Un oficial del «comando» de Donald se aproximó corriendo y dio una orden tajante.

— ¡Todo el mundo a los pabellones! ¡En este momento se inicia el ataque a la Central «Z»!

La confusión fue enorme al oír aquellas palabras, pero las órdenes enérgicas del oficial consiguieron canalizar a aquel formidable grupo de sabios hacia los pabellones, donde estarían a salvo de las balas perdidas.

Richard, Mak y Doug no lo pensaron ni un momento y se dirigieron hacia el muro donde se había organizado la defensa.

Una voz sonó a sus espaldas.

— ¡Voy con ustedes!

Era el doctor Tomlison, el cual avanzaba hacia ellos, intentando alisarse el revuelto cabello, en un gesto que le era habitual.

—Creo que seré más necesario allí que encerrado en los pabellones—dijo.

—De acuerdo, doctor—sonrió Richard.

En poco tiempo llegaron hasta el muro que cercaba la central y subieron a la torreta donde se encontraba Donald.

—Ya ha comenzado el baile—dijo éste.

La lejana multitud que viera Richard algún tiempo antes se había aproximado, y parapetándose en las irregularidades del terreno,

había abierto fuego contra las posiciones que ocupaban los hombres de Donald.

Este había instalado un teléfono de campaña en la torreta y estaba en contacto permanente con los distintos focos de resistencia que había distribuido alrededor de la central.

—Son alrededor de unos tres mil. ¡Por fortuna no llevan artillería!

Tomlison organizó un equipo médico con algunos hombres de Donald y se dedicó a recorrer todo el recinto, atendiendo a los que caían heridos.

Richard, Mak y Doug vinieron a constituir una especie de Estado Mayor de Donald y no dieron ni un segundo de reposo a su actividad.

Constantemente visitaban los distintos puntos de resistencia, animando a los combatientes y tomando medidas sobre la marcha, según lo requerían las circunstancias.

Los atacantes eran muchos y tenaces y parecían estar bien pertrechados de armas y municiones.

La luz del Sol fue amortiguándose y la monstruosa Luna apareció en el cielo.

—De noche nos va a ser más difícil mantenerlos a raya—dijo Donald a sus amigos—. Si intentan un asalto general nos será muy difícil rechazarlos.

Kawloski llegó jadeante hasta la torreta donde se encontraba Richard y dio una noticia alentadora.

— ¡El «Sagitario Z» ha llegado a su destino!

Instintivamente miraron todos hacia el satélite de la Tierra, el cual recortaba su enorme disco sobre el azul del cielo.

— ¡Quiera Dios que los cálculos del profesor Lowe estén acertados!—murmuró Richard.

—No observo que le haya sucedido nada a ese condenado satélite—rezongó Donald.

—Aún es pronto para que pueda notarse la desviación de su actual órbita—respondió Kawloski—. No puedo negar que tengo fe en los cálculos de Lowe. Yo mismo le ayudé a hacerlos.

—Vuélvase usted—dijo Richard—y diga a rodos que no pierdan la serenidad. Nuestra posición es buena y nos defenderemos eficazmente.

El profesor estrechó la mano de los cuatro amigos y volvió corriendo hacia los pabellones.

Pasado algún tiempo, los atacantes se lanzaron en masa sobre la puerta principal y lanzaron contra ella varios bidones de gasolina.

Los hombres de Donald hicieron una terrible matanza, pero

alguien consiguió echar una antorcha encendida y la puerta fue pasto de las llamas.

—Esos condenados saben lo que se hacen —gruñó Donald—. Si consiguen abrir una brecha estamos perdidos.

— ¡Vamos a ver si podemos apagar ese fuego, muchachos!—ordenó Richard a sus amigos.

Descendieron de la torreta e intentaron contener las llamas devoradoras con cuantos medios tuvieron a su alcance. Pero fue inútil. Media hora más tarde no quedaba más que un negro boquete donde antes estaba la puerta de entrada.

—El asunto se pone feo, Donald—dijo Richard.

—Haré que el grueso de las fuerzas se concentre sobre este lugar.

Uniendo la acción a la palabra, Donald se puso en contacto por teléfono con los distintos grupos y ordenó que la mitad de las fuerzas de cada punto de resistencia se concentrase sobre la puerta principal.

Pocos minutos más tarde enfocaban sus armas hacia el negro agujero de la puerta.

El fuego graneado continuó por ambas partes, hasta que, a las cuatro horas de haber iniciado el ataque, la multitud vociferante salió de sus refugios y se lanzó en furiosa acometida hacia aquel boquete abierto en el muro.

—No podremos contenerlos—dijo Donald—. Están enfurecidos y quizá borrachos y son demasiados.

Un fuego terrible salió desde las posiciones ocupadas por los hombres de Donald, pero aquella avalancha humana avanzaba incesantemente, aproximándose más cada vez.

—He ahí un fenómeno muy usual en la naturaleza humana—reflexionó Richard en alta voz—. Creen estar luchando por alargar unos días de existencia y no tienen inconveniente en morir por semejante motivo.

—El ser humano es una paradoja—replicó Donald.

Los atacantes estaban muy cerca y era ya imposible contenerlos.

— ¡Vamos a cargar sobre ellos!—gritó Donald a sus hombres.

— ¡Al menos venderemos caras nuestras vidas!—exclamó Mak.

Ya se disponían a salir en busca del enemigo cuando sucedió algo desconcertante.

Los atacantes se detuvieron en su loca carrera y sus armas dejaron de disparar. Parecieron vacilar un momento y, luego, volvieron grupas, emprendiendo una veloz retirada mientras

lanzaban fuertes e incomprensibles gratos.

— ¡Alto el fuego!—ordenó Donald a sus hombres.

— ¡Que me arranquen la piel a tiras si consigo comprender algo de lo que les sucede a esos locos!—exclamó Mak.

— ¡Ya casi habían conseguido su objetivo! ¡No lo comprendo!—dijo Richard.

Fue Doug el que les llamó la atención sobre algo que explicaba aquel extraño fenómeno.

— ¡Eh, mirad! ¡Mirad! ¡El experimento! ¡El experimento!

El hombre era incapaz de explicarse más coherentemente, debido a la emoción que le embargaba. Su brazo señalaba rígidamente hacia un lugar del cielo.

Richard, Mak y Donald miraron en aquella dirección y el corazón saltó emocionado dentro de sus pechos.

¡El disco de la Luna se había ido reduciendo de tamaño y ahora se veía un poco más grande de lo que era normal!

— ¡Hemos tenido éxito!—exclamó Richard, sin dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

— ¡Hurra! ¡Hurra!—gritaba Mak como un poseído.

— ¡Cielos santos!—fue lo único que pudo articular Donald.

Los enemigos se habían percatado de aquel fenómeno y abandonaban precipitadamente el campo de la lucha. Quizá comprendían la verdad de lo que estaba sucediendo, o tal vez en su ignorancia interpretaron aquel movimiento de la Luna como una señal del próximo fin.

Lo cierto es que abandonaron sus posiciones y se dirigieron hacia los vehículos que los habían traído desde la ciudad.

Donald ordenó la salida de unas patrullas para hacer un reconocimiento y Richard, Mak y Doug se dirigieron hacia los pabellones.

Todos cuantos habitaban la Central «Z» se habían congregado junto al tablero de mandos y el profesor Lowe era materialmente estrujado por todos cuantos querían abrazarle.

— ¡Richard! ¡Richard!—gritó una voz.

Nuestro héroe se volvió con el tiempo justo de recibir en sus brazos a Karima.

— ¡Lo hemos conseguido, Richard! ¡Oh, qué alegría!

El hombre estrechó entre sus brazos a la deliciosa criatura y depositó en sus labios un amoroso beso.

— ¡Los cálculos del profesor son perfectos! Dentro de una hora estará la Luna nuevamente en su órbita.

El profesor Lowe consiguió desprenderse de cuantos le

rodeaban y se dirigió hacia Richard y sus amigos.

El anciano sabio estaba visiblemente emocionado.

— ¡Dios ha premiado nuestros desvelos, hijos míos!—exclamó.

Luego avanzó unos pasos y abrazó, uno a uno, a los tres hombres.

Una estruendosa salva de aplausos rubricó aquella emocionante escena.

CAPITULO X

Tres días más tarde, la situación había comenzado a normalizarse.

El espíritu cívico había renacido entre los ciudadanos y grupos de hombres honrados comenzaron a imponer el orden en el mundo mientras se reorganizaban las dispersas autoridades.

La gente del hampa que había impuesto su reinado del terror fue reducida y encarcelada cuando no consiguieron huir para ocultar sus crímenes en el anónimo.

Las fuerzas del general Badell entraron en Nueva York una semana más tarde y el Gobierno mundial asumió de nuevo sus funciones.

Los servicios públicos comenzaron a ser puestos en marcha y, poco a poco, el mundo fue recobrando su antigua fisonomía.

Las noticias que recibió Karima desde Venus daban la victoria de Karm sobre Gowka y el porvenir no podía presentarse más risueño.

Con la mayor rapidez posible se celebró la ceremonia del enlace de Richard y Karima y a ella asistieron todos cuantos habían vivido los angustiosos días de la Central «Z».

Mak, Doug y Donald bebieron a la salud de la feliz pareja y luego se dirigieron hacia el jardín del hotel donde se celebraba la boda. Donald llevaba una de las famosas corbatas que le regalara Mak.

—Creo que debemos firmar el armisticio —sonrió Mak—. Hay bastantes chicas bonitas en el mundo para los dos, ¿no te parece, Donald?

—Nos las repartiremos a partes iguales —respondió Donald alegremente.

— ¡Malditos vanidosos!—rezongó Doug.

Una alegre carcajada de los dos amigos acogió aquellas palabras.

Mientras tanto, Karima y Richard recibían la felicitación del profesor Lowe.

—Mi padre quiere que vuelva usted a Venus, profesor—le dijo

Karima—. Está seguro de poderle mostrar muchas cosas interesantes.

— ¡No dude de que lo haré si Dios me concede la vida necesaria!—exclamó el profesor—. Pero antes, Richard tendrá que construir el «Sagitario Z-II.»

—Lo haremos, profesor, lo haremos, pero antes... ¡he de gozar de mi luna de miel!

—No había pensado en ello—sonrió maliciosamente el profesor—. Hablaremos más tarde del asunto. Ahora voy a ver al doctor Tomlison, con el cual tengo que discutir algunos aspectos de nuestro próximo viaje a Venus.

El profesor se alejó y los dos enamorados quedaron momentáneamente solos.

—Es maravilloso—dijo Karima.

— ¡Tú sí que eres verdaderamente maravillosa!—exclamó Richard.

— ¡Vas a hacer que me lo crea!—respondió la muchacha.

Richard se inclinó sobre ella y la besó largamente.

Los invitados hicieron como si no se diesen cuenta de aquella efusión cariñosa de dos seres que bien merecían la felicidad que habían conquistado.

F I N

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El Kipsedón sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf Regaldie.*
71.—Heredó un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*

FANTASMAS SIDERALES

...un multimillonario, cuyo capricho principal es desenmascarar fantasmas.
...una llamada urgente en la noche.
...espectros que no son espectros.
...una mujer bellísima.
... ¡Van a robar la Tierra!
...un laboratorio infernal.

Llamamos la atención sobre esta novela singularísima. Hay en ella algo más que las situaciones comunes en los relatos de fantasía interplanetaria.

Hay:

DINAMISMO en la acción.
MISTERIO en la trama.
SORPRESAS en cada página, y el
AMBIENTE más escalofriante que pueda usted imaginar. Desde que

KAREL STERLING

comenzó a publicar sus novelas de ciencia-ficción hasta la fecha, se ha convertido en uno de los especialistas más leídos en España y América. Sus argumentos gozan fama de alcanzar cimas insospechadas de originalidad y verismo. Compruébelo una vez más leyendo

FANTASMAS SIDERALES

que publicará en su próximo número la prestigiosa Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. **Precio: 6 pesetas**

Notas

[←1]

Véase- « ¡Karima!». En la misma colección.

[←2]

Véase: «El Bosque Petrificado». En la misma colección

[←3]

Véase «El Bosque Petrificado». En la misma colección.

[←4]

Véase: « ¡Karima!»... En la misma colección.

[←5]

Véase: « ¡Karima!». En la misma colección.